

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica

1929

Sábado 25 de Mayo

Núm. 20

## SUMARIO

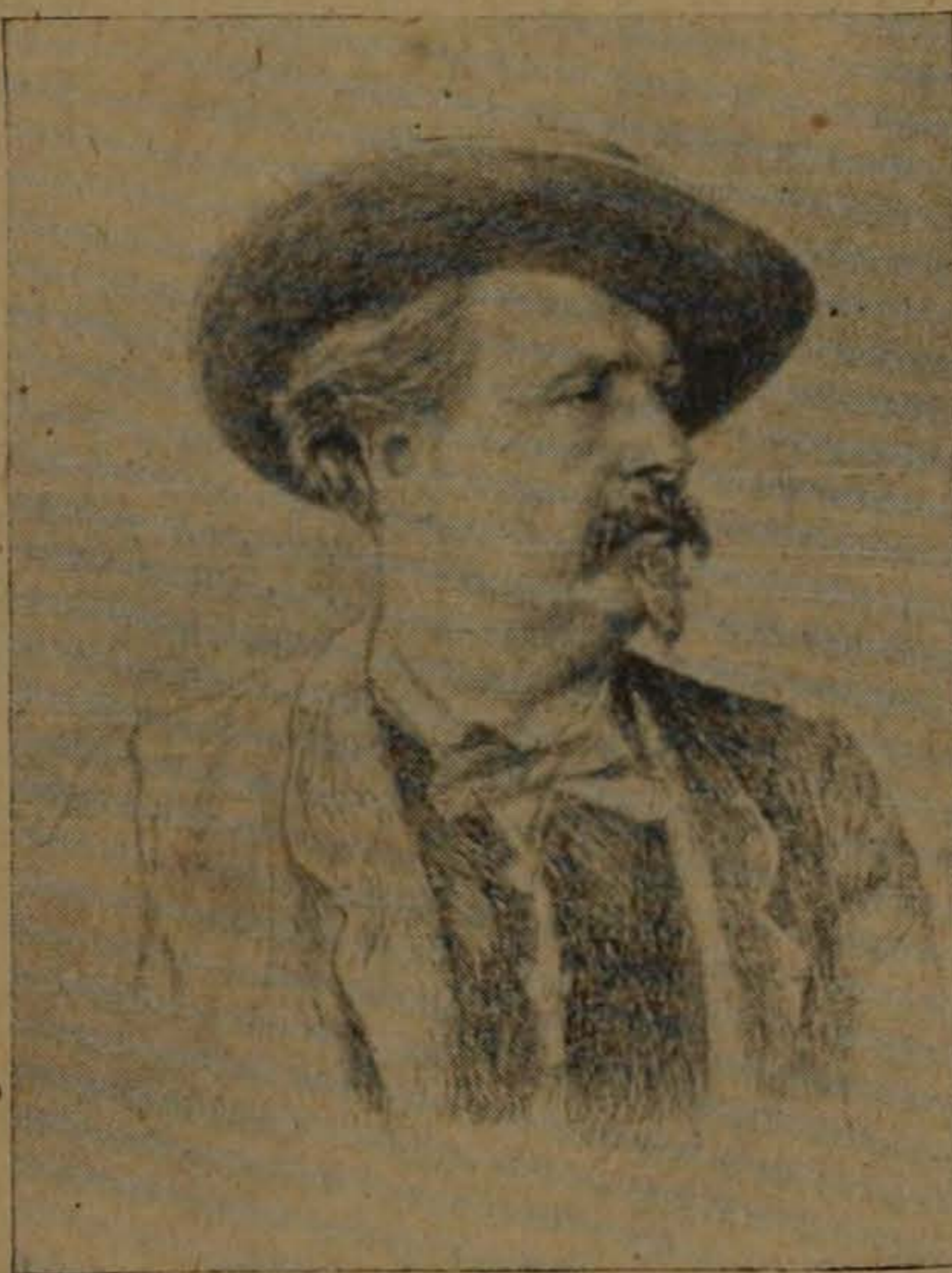
Hacia el centenario del Homero francés.....	Leonardo Pena	Alejandro Sux, ex-anarquista y ex-bohemio.....	Mario Santa Cruz
Estampas.....	Juan del Camino	Para el álbum del aviador guatemalteco Jacinto Rodríguez Díaz.....	J. Fernández Montañar
Poemas.....	Jorge Carrera Andrade	Nanismo y gigantismo aviarios.....	C. Picado T.
Acusados de «vendidos al oro chileno». Otras protestas.	Max Grillo	Redención de doña Araña.....	Niebla d'Arge*
El Continente Americano y el Derecho Internacional...	Lord Dunsany	Noticia de libros.....	
Los dioses de la montaña.....	Magda Portal		
El renuevo y otros cuentos.....			

UN gran poeta es, para toda raza y para toda tierra, el más alto presente que pueda acordarle el destino. El eleva el juego esencial de la vida, ennoblece la conciencia de la continuidad, enriquece el sentido de la fiereza secular y salva la integridad instintiva de la tradición, de la expresión particular y de la lengua. Un gran poeta es, para toda tierra y para toda raza, un dón inigualable. Ese dón lo obtuvo la Francia, a mediados del siglo XIX, en la persona de Federico Mistral.

Siempre recuerdo la mañana—una de esas tibias mañanas de primavera, en que la tierra, alegre de recuperar su trabajo, se llena de efluvios perfumados—que, siendo yo muy niño, supe que Mistral vivía. Fué como un deslumbramiento. Mireille era, en mi corazón, una hermana de Brisea, la joven sacerdotisa tan furiosa y épica mente disputada por Aquiles y Agamenón, y de Nausica, la dulce hija de Alcino, que tan amable hospitalidad supo proporcionarle al errante Ulises. Confundiéndolas (como por otra parte confundía las diosas y las santas) las amaba a las tres con igual intensidad. Mis sueños habitaban un mundo en el que se mezclaban activamente los siglos, formando un bello emblema de gracias y de virtudes. Yo no distinguía a Homero de Mistral, de modo que la idea de que uno de ellos vivía, me conmovió hasta la estupefacción: tal vez era porque aquel descubrimiento me aproximaba humanamente de mis tres inmortales y encantadoras amigas.

Mistral es el más alto poeta francés del siglo XIX. Él sobrepasa a Lamartine por la pureza y la firmeza de su inspiración y a Víctor Hugo, por la simplicidad de su acento y por su sabiduría, mucho mayor. Mistral es proverbial y rústico, lírico y épico. Ese milagro casi inaccesible a los mortales, en el que el genio de un alma única se une a la tradición de una raza, ha sido realizado por él. Mistral es el Homero francés, pues, no sólo le ha infundido a la sangre de su pueblo, la gran emoción humana, sino que también ha hecho participar al Universo, del estremecimiento específico de su país. Y sus grandes poemas nos llevan con tanta naturalidad, al

## Hacia el centenario del Homero francés



Federico Mistral

secreto de la epopeya, que de golpe todos los malentendidos homéricos desaparecen y se disipan todas las incomprensiones.

La epopeya no es, como lo ha hecho creer hasta ayer la crítica alemana, la obra de una muchedumbre animada en su sublime ignorancia, por un genio prodigioso; ni nace de súbito y por el efecto de necesidades profundas, como es preciso que surja una flor, ni está sometida a leyes más misteriosas que un simple poema. Su única característica es que tiene un prestigio del cual carecen las demás obras del poeta: su carácter nacional, entendiéndolo por ello, su entroncamiento con el alma de la multitud, de una multitud que tenga recuerdos, costumbres, nostalgias y aspiraciones comunes. Tal es el caso de *Mireille* y tal fué el caso de la *Odisea*.

En la epopeya, el poeta y la raza colaboran al unísono, efectuando entre ellos un prodigioso intercambio de elementos activos, de modo que el poeta no inventa la sustancia de su poema, sino

que la toma a su raza, organizando los elementos de que se compone y realizando un trabajo de pura creación. Así, Mistral ha resumido en *Mireille* el alma de la Provenza y con su alma, su verdad, esa verdad numerosa y rica en aspectos diversos, que el poeta ha embellecido con su lirismo puro, santo y dominador. Pero, dicho embellecimiento, Mistral no ha ido a buscarlo fuera de la verdad; lo ha tomado en la verdad misma, realizándolo conforme al ideal auténtico de esa verdad. Y como para restituir, en su dignidad histórica, el alma que se desea evocar es preciso ofrendarla en sus condiciones familiares. Mistral ha debido impregnarse del paisaje provenzal: no, del paisaje que asombra a los pasantes, sino del paisaje eterno: paisaje que debiendo ser permanente no puede ser pintoresco. En lo cual, la epopeya es justamente lo contrario del romanticismo, pues, mientras éste aparece curioso de lo extraordinario, aquélla sólo se complace en lo ordinario de la vida, aún cuando ese ordinario esté rodeado de recitaciones atrayentes y de mentiras. La epopeya no es más que una mentira llena de verdades vivientes. Y es en ese sentido que Víctor Hugo se engañó cuando quiso

alcanzar el poema épico: él no supo pintar, como Mistral, una naturaleza en la cual sus héroes hubiesen vivido desde siempre.—*Mireille* es la joven eternidad—de modo que todo en ellos: sus palabras, sus gestos, sus sentimientos, sus veleidades y su misma intimidad, aparezca impregnado de su esencia vital.

De ahí el mágico dón de simbolización de esas figuras creadas por los poetas. Así, *Mireille* es como el maderamen sobre el cual se apoyan todas las muchachas que van y vienen por los blancos y rosados caminos de la Provenza, entre sotos de pinos y bosques de olivos, por soledades de polvo y de luz, agitadas por la terrible fiebre del amor que, según su real comportamiento, las hace cantar, reír o llorar. Ellas descienden de la heroína mistraliana, como la heroína mistraliana desciende de ellas, de modo que los débiles e incompletos pensamientos que llenan sus espíritus, encuentran su plenitud y su total fuerza de repercusión, en su compañera ideal.

Conjuntamente con el poeta, hay en Mistral un sabio, un erudito, un filólogo y un realizador. En otros tiempos y en otras circunstancias, Homero en Grecia y el Dante en Italia, recibieron igualmente la sobrehumana misión de embutir todo un idioma en el destino de su continuidad. Figúrense la tarea mistraliana: una lengua, la bella lengua de Occidente, vencida en el siglo XIII, olvidada más tarde por el trabajo del Renacimiento y arrojada, por último, al humilde rango popular, iba tal vez a perecer... Remitiéndola en su legítima plaza, renovándola en la poesía, restituyéndola en su sentido humano y haciéndola digna de expresar las más altas ideas, las más cálidas emociones y las más serenas imágenes, Mistral la transforma en un instrumento maravilloso, haciéndola entrar en el coro de la poesía universal, del cual ella fué en un tiempo, una de las más puras y ardientes voces. Es verdad que la lengua que él iba a emancipar, se preparaba desde hacía siglos, a sus altos destinos, con su virtud objetiva, sus palabras henchidas de rocío, maduras por el sol y alimentadas con la sola savia natural, y su lírico aliento impregnado del olor de los establos, del canto de los yunques, de las vibraciones de las hoces, del mugido de las bestias y del hablar humilde, grosero e impuro de los hombres del país del Occidente; pero, es preciso convenir que, sin Mistral, jamás se hubiese plegado al ritmo de la gran lira, ni se hubiese transformado en un poderoso canalizador, capaz de transformar en grito estético, la emoción sensible.

Cuando Mistral decidió constituir una literatura provenzal, empezó por establecer el lenguaje que iba a servirle de instrumento. Fué lo que hicieron Homero y el Dante, poetas voluntariamente arcaizantes, pues, las literaturas instauradas por ellos, exigían un rico vocabulario, que no fuese improvisado, sino, por el contrario, que naciese de las mismas fuentes que habían alimentado el alma

Leonardo Pena

París y 1929.

## Estampas


**Espíritu de San Luis, Baja California, Pan-American Airways, Centro América,** ¿cuál el Sésamo que nos considere, no como la cueva del árabe condenada fatalmente al saqueo, sino como una reserva sagrada con derecho a lucir en libertad sus esplendores?

¿Cuál el Sésamo?

Nos conmueve el mensaje que los estudiantes de Guatemala, anidaron bajo el ala libre del último. Recibiéndolo, la nave aérea se cubrió de grandeza. Trayéndolo, llenó de majestad su vuelo. El impulso que la aspiración de ser vínculo fraternal le imprimió al alzarse no más, le dió serenidad para cruzar los cielos y volver envuelta en una nueva aurora.

Es una hazaña edificante la de este avión **Centro América.** Dice a estos pueblos, dice a Costa Rica, que las rutas del espacio son fáciles al dominio. Que todas las posibilidades de la conquista están reservadas al nativo. Es

**INDICE**  
*Legenda aut adquirenda*



Algunos libros de la *Nueva Biblioteca Filosófica*

J. Pulitzer: <i>Crítica de los fundamentos de la Psicología</i> .....	\$ 4-25
S. Reinach: <i>Cartas a Zoe</i> (3 vols.).....	12-75
Alfredo Fouillée: <i>Historia de la Filosofía</i> (4 vols.).....	17-00
R. W. Emerson: <i>Vida y discursos</i> (2 vols.).....	8-50
<i>Doce ensayos</i> .....	4-25
B. Pascal: <i>Pensamientos</i> .....	4-25

Otras obras:

Balmes: <i>El criterio</i> .....	7-00
Valle-Inclán: <i>Tirano Banderas</i> (Novela)	3-50
Ramón Pérez de Ayala: <i>La pata de la rapsoda</i> (Novela).....	3-50
Ramón Pérez de Ayala: <i>Troteras y Danzaderas</i> (Novela).....	3-50
Ramón Pérez de Ayala: <i>A. M. D. G.</i> La vida en un colegio de Jesuitas (Novela).....	3-50
Ramón Pérez de Ayala: <i>Tinieblas en las cumbres</i> (Novela).....	3-50

Dirijase al Adr. del Rep. Am.

que iban a cantar. Para ello, tanto Homero, como el Dante y Mistral, tuvieron que empezar por plegarse a una empresa de epuración y de orden—sin la cual toda creación durable es imposible—respetando las raíces profundas y haciendo correr por los ramajes nuevos, la vieja savia de los orígenes.

Pensar que el Dante ha envejecido, sería una majadería absurda; pero, si los países latinos tuviesen necesidad de un poeta que renovara en ellos las antiguas razones de creer, de esperar y de vivir, ellos las encontrarían, sin la más pequeña duda, en el gran chantre provenzal, el cual, con su dulzura, su bondad, su enorme alegría inofensiva y su dón de encontrar las palabras que mejor encantan los oídos y el espíritu y en las cuales, cada uno reconoce, bien que divinizado, su propio presentimiento, testimonia todo cuanto se cuenta de las más bellas edades de la tierra.

una llamada a tiempo, cuando el poderío organizado del Norte ensaya sus métodos de limitación del espacio en beneficio propio. No debemos desaprovecharla. Vigilemos «el limpo azul» de nuestro cielo para que la invocación lírica de que es él el dombo de nuestra paz, sea también profecía. Las rutas del aire parten todas de la tierra y como tiranizadas por la ley de Newton vuelven a la tierra. Cuando un país las entrega esclaviza lo de arriba y lo de abajo.

¿No vemos acaso que el contrato que la Pan-American Airways ha hecho firmar con el ánimo de convertirlo en ley, impone a su favor el uso de territorio y de las aguas para el descendimiento de las naves de esa compañía? Es decir, convierte a Costa Rica en un feudo del monopolio.

La organización y fines de estas compañías desbordadas del Norte les permite abarcar

todo el panorama de posibilidades de un país. Si la Pan-American Airways pide concesión para que el territorio íntegro sea su campo de aterrizaje y las aguas de ríos y mares reciban a sus volátiles anfibios, es porque tiene ya perfectamente estudiada cada región con la flecha indicadora de cuáles deben quedar bajo su dominio. De esta manera localiza zonas terrestres y acuáticas, las acondiciona de acuerdo con los términos del contrato, las hace de posibilidades ilimitadas para sus usos, las deja como alambradas y estampadas de la leyenda fatídica de otros tiempos de *no man's land*. Conocemos los procedimientos aplicados a esos sitios del territorio nacional designados a usos de compañías extranjeras.

¿Qué es la zona poseída por la United Fruit Co. al norte de la ciudad de Limón sino un feudo con la leyenda de *No man's land*? La ley que dió a la compañía la adquisición de esa faja estipuló todo lo necesario para que no perdiera su carácter de nacional, de costarricense. Pero esa ley sólo fué el medio de apropiación. Tan tenaz ha sido la negación de la nacionalidad opuesta por la compañía, que la Municipalidad de Limón se vió obligada a contradecir lo de zona con un letrero que dice *Barrio del Hospital*, plantado en la propia fachada de lo que circunda, entre otras novedades dignas de *Babil*, el hospedaje de célibes rubios designado en inglés *Community House*.

Y esa cláusula del contrato confeccionado por la Pan-American Airways multiplicará las zonas estilo United Fruit Co. Necesariamente las multiplicará eligiendo territorios y aguas dominantes que circundará, como si fueran toneles sin fondo, de grandes duelas de acero que perpetúen el monopolio mañosamente disfrazado en la cláusula trece del contrato.

Zonas de la Pan-American Airways por todo el país, para que así la obligación del país de «no conceder a otra persona o compañía derechos que puedan estorbar los servicios de la compañía», tenga que ver en todos los sitios apropiados para el descendimiento de naves, fundos enajenados, aguas prohibidas.

¿Fueron esas mismas cláusulas sombrías las que rellenaron los contratos virilmente rechazados por Nicaragua y Honduras?

Y como nos obliga a considerar el dominio de sus naves «servicio de utilidad pública», hemos de violar por segunda vez la ley previsor de la nacionalización de la radiotelegrafía. La Pan-American Airways, extranjera como es, podrá instalar radios. Es decir, embute de opresión el monopolio. ¿Para que entonces la defensa en servicio de la Nación de la radiotelegrafía, en una ley dos veces violada?

Avión **Centro América**, ala profética!

Augura vasallaje si no volvemos nuestro pensamiento a su enseñanza de que todas las posibilidades de dominio del espacio centroamericano nos pertenecen. Augura libertad, si ensanchamos su vuelo sereno y valiente y lo seguimos viendo como un símbolo de que el progreso está dentro de las propias posibilidades de estos países, cuando se levantan a la contemplación verdadera de sus problemas vitales.

*Espíritu de San Luis, Baja California, Pan-American Airways, Centro América, ¿cuál el Sésamo?*

Juan del Camino

Cartago y mayo del 29.

## Poemas de Jorge Carrera Andrade

### La vida perfecta

Conejo: hermano tímido, mi maestro y filósofo!  
tu vida me ha enseñado la lección del silencio.  
Como en la soledad hallas tu mina de oro  
no te importa la eterna marcha del universo.

Pequeño buscador de la sabiduría,  
hojeas como un libro la col humilde y buena;  
y observas las maniobras que hacen las golondrinas  
como San Simeón, desde tu oscura cueva.

Pídele a tu buen Dios una huerta en el cielo,  
una huerta con coles de cristal en la gloria,  
un salto de agua dulce para tu hocico tierno  
y sobre tu cabeza un vuelo de palomas.

Tu vives en olor de santidad perfecta.  
Te tocará el cordón del buen padre Francisco  
el día de tu muerte. Con tus largas orejas  
jugarán en el cielo las almas de los niños!

### Tierras, bosques

Los labradores con la cabeza desnuda  
veían quemar el bosque.  
Tapábanse los pechos las encinas vírgenes.  
Ardían de rodillas los robles apóstoles.

Matías dijo: Nos quitan nuestra tierra.  
Pájaros carpinteros, vendrán los telegramas  
a fabricar sus nidos con briznas de letras.  
Pisarán nuestro campo los postes sargentos!  
No más sor encina, no más fray manzano.

El patojo Tomás, con su cesto de lunas,  
hundió su puño cerrado en el ocaso.

Los labradores regresaron al pueblo  
pinchando con sus trillos la pechuga del cielo.

Corrieron las madres a encuadrarse en los quicios  
anudándose al cuello un pañuelo de angustia,  
y se tumbó llameando el bosque paternal  
con un mugido de res moribunda.

Hasta después de muchos días  
los ojos colorados del incendio  
siguieron asomándose a los vidrios  
y ensangretando el pan en las casas del pueblo.

### Vida del grillo

Inválido desde siempre,  
ambula por el campo  
con sus muletas verdes.

Desde las cinco,  
el chorro de la estrella  
llena el pequeño cántaro del grillo.

Trabajador, con las antenas hace  
cada día su pesca  
en los ríos del aire.

Por la noche, misántropo,  
cuelga en su casa de hierba  
la lucecita de su canto.

Hoja enrollada y viva,  
la música del mundo  
conserva dentro escrita!

### La extrema izquierda

La compañera cigarra canta  
con una astilla en la garganta.

Conspira entre la verdura  
contra la humana dictadura.

Carrito dañado, tumbo a tumbo,  
la cigarra marcha sin rumbo.

Predica y anda.  
Es Secretaria de Propaganda.

Publica en una hoja de col:

La vida es dura y tuesta el sol.  
Tienes razón, cigarra obrera,  
de minar el Estado con tu canto profundo.  
Los dos formamos, compañera,  
la extrema izquierda de este mundo!

### Microgramas

1  
Ostión de dos tapas:  
Tu cofre de calcio  
guarda el manuscrito  
de algún buque naufrago.

2  
Canutó vivo y rosado,  
escribe ceros de vidrio  
en la redoma el pescado.

### Mandarina

Mandarina, mandarina  
cómo huele tu camisa!

Primera noche de bodas:  
mandarina rubia y gorda.

Tu inocencia dura un día,  
mas tu olor toda la vida!

### Nueva oración por el ebanista

Tú, que ibas con tu padre carpintero  
a la altura, Señor, a cortar abedules  
y hacías con tus ojos  
parpadear los mil ojos diminutos del hacha  
y con tus tiernas manos llorar a las cortezas,  
ten piedad por este hombre que hizo plana su vida  
como una mesa humilde de madera olorosa.

No conoció del mundo  
más que su casa, pobre barco en tierra;  
y dió a su corazón la actitud de una silla  
en espera de todos los cansancios.

Guía, Señor, sus pies por los bosques del cielo  
y hazle encontrar sus muebles de madera  
más adictos que perros que no enseñan los dientes  
y olfatean los seres de la noche...  
En tu celeste fábrica, dale para sus manos  
la garlopa del tiempo  
y virutas de nubes con aserrín de estrellas.

### El desayuno del mundo

Las Cuatro horas desnuditas  
parten en cuatro tajadas  
la mañana de sandía.

Un ojo azul se abre en la altura.  
Aprenden los niños del mundo  
el Catecismo del azúcar.

Del teatro de terciopelo de la noche  
salen las ventanas  
con los ojos bañados en lágrimas.

Los relojes no cesan de cantar  
su canto de polilla  
en un huequito de la eternidad.

Van haciéndose agua  
en el cielo de sandía  
las estrellas azucaradas.

Toma el mundo recién lavado  
sus cucharadas de luz  
con rebanadas de campo.

Jorge Carrera Andrade

Paris, 1929.

*Envío* de Gabriela Mistral, que nos dice: «Dos palabritas para mandarle ese grupo novedoso de poemas del ecuatoriano Jorge Carrera Andrade. Yo no sé de más fina poesía *ultramista* en el Ecuador».

De Jorge Carrera Andrade, conservamos, y estimamos, el librito *La Guirnalda del Silencio* (Quito, 1926), de que son parte tres de los poemas anteriores. También sabemos que en 1922 publicó *El estanque incéfalo*, hoy agotada. Y que anuncia: *La hora de las ventanas iluminadas*.

El año 1924,—en Diciembre,— el gobierno peruano de Leguía festejó fastuosamente el Centenario de la batalla de Ayacucho, que afianzara y ganara definitivamente la independencia de los caciques y gamonales criollos de España. El pueblo peruano, consciente de su vasallaje al imperialismo yanqui y de la explotación y servidumbre que le oprimen, levantó una enérgica protesta enarbolando los estandartes revolucionarios de un nuevo Ayacucho genuinamente libertador. Los preliminares de la orgía fueron seguidos de síntomas inquietantes para la dictadura *made in U. S.* A un mensaje de incitación de Haya de la Torre, ya desterrado, siguió la prisión de Luis E. Heysen (1), Profesor de las Universidades Populares; el atropello a la multitud que se reuniera ante el monumento del Gral. San Martín en Lima, convocada por la Federación de Estudiantes del Perú, y la prisión de Jacobo Huswitz (2) y Nicolás Terreros (3), ambos profesores también, de los U. U. P. G. G. P. P., acompañados de centenares de obreros, indígenas y estudiantes. La policía—que hoy ametralla a los descontentos del arreglo peruano-chileno impuesto por Wall

## Acusados de "vendidos al oro chileno"



Street—obligó a los detenidos en huelga del hambre a dejarse fotografiar bajo dos carteles del mitin, maquiavélicamente reunidos para exponerles a la furia patrioteril sostén del tirano y sus

cómplices. ¡Cuántos sonreirán ahora ante el cambio de procedimientos! *Repertorio Americano*, que recoge tantas verdades de la Historia Americana expone esta fotografía curiosa.

29 de abril de 1929.

Compañero García Monge,  
San José, Costa Rica.

Estimado compañero:

Esta de hoy es para decirle del nuevo atropello que los hombres honrados que todavía viven en el Perú, han sufrido hace algunas semanas. Usted conoce a Julián Petrovick, uno de nuestros muchachos, afiliado al *Apra*, luchador sincero e intelectual de mérito, pese a su juventud; este compañero ha sido encarcelado por la policía limeña, violado su domicilio de donde le extrajeron toda clase de documentos, muchos de ellos, simples cartas familiares, y remitido a la isla de San Lorenzo, la prisión funesta de tanto hombre digno, por el solo hecho de no estar de acuerdo con el despotismo de Leguía. La isla de San Lorenzo, usted lo sabe, ha sido hospedaje—doloroso hospedaje—de todos nuestros compañeros que hoy se encuentran en el destierro, desde Haya de la Torre que fué el primero en conocerla.

Hasta este momento ignoro la suerte del compañero Petrovick, a quien se acusa de ruso—delito en el Perú—, de pretender asesinar al Presidente Leguía, ingenuidad policiaca, y de ser enemigo de las leyes del país, pretendiendo turbar la paz que goza bajo el paternal amparo de sus actuales gobernantes. No sé si será deportado, o si se le guardará para mayores seguridades en la isla, por tiempo indefinido. Lo que sí creo conveniente es que protestemos todos los que podemos hacerlo por este nuevo atropello, que si no nos sorprende por haber sido ejecutado por Leguía, no deja de producirnos la más profunda indignación.

Toca a los apristas de Costa Rica, desde

*Repertorio* y desde todas partes, formular su condenación enérgica, sólo sea por aunar al sentimiento unánime de América, un nuevo gesto de desprecio contra el régimen tiránico del gobierno peruano, ya que comprendemos lo poco que en favor del encarcelado o próximo exiliado, podemos hacer.

Saludos apristas a todos los compañeros, y el más cordial para Ud. de su colega y amiga,

Magda Portal

### Protesta de los intelectuales uruguayos por las persecuciones al magisterio chileno

Hombres de ciencia, maestros, artistas y escritores envían un Mensaje al Gobierno de Chile

Al Presidente de la República de Chile, General don Carlos Ibáñez:

Un solo hombre maltratado, y más aún por el gobierno, es una afrenta a todos los hombres: la conciencia moral sublévase no tanto por el caso concreto como por la violación de principios generales, sin cuyo respeto únicamente a los deshonestos, interesaría la conservación de la vida. De ahí que intervenir moralmente contra injusticias cometidas por un gobierno, no importa de qué meridiano de la tierra, no sea inmiscuirse por snobismo, sino una necesidad ética y un derecho de hombres libres.

En Chile ha sucedido algo insólito, que, dicho con el laconismo de un telegrama, provoca una indignación violenta: instituciones magisteriales han sido disueltas; sus hogares sociales, bibliotecas, cursos de perfecciona-

miento, periódicos y revistas, han sido clausuradas, más de doscientos maestros fueron destituidos sin proceso ni causa, y últimamente a los más inspirados y estudiosos que tenían el noble empeño de reformar la enseñanza con miradas humanas antes que nacionalistas, se les metió en la cárcel con el estigma de ácratas, o se les confinó en islas desoladas. A la fuerza de las ideas, ha respondido la fuerza de la policía. Por suerte, los que tienen la soberbia de un poco de miseria de mando, son impotentes contra la verdad; a ésta no se le puede meter en la cárcel y recorrer el mundo.

El gobierno debe estar provisto del talento de gobernar con hombres de talento, e ir así a la conquista de la justicia a través de la inteligencia y de la cultura.

Los hombres que capitaneaban la reforma de la enseñanza chilena, movimiento de renovación que no sólo prestigiaba a su país sino a toda América, son maestros de talento y en la confianza de que el Gobierno de Chile posee la plasticidad mental de rectificar el error de haberlos perseguido y encarcelado, pedimos se les devuelva su libertad. La independencia nacional parece un sarcasmo sin la efectiva independencia de cada uno de sus ciudadanos y los ciudadanos realmente libres no se contarán, seguramente, entre los que siempre se hallan conformes con todos los procederes de todos los gobiernos.

Montevideo, marzo de 1929.

Clemente Estable, Juana de Ibarbourou, Dr. Emilio Oribe, Luisa Luisi, Enriqueta Compte y Riqué, Alberto Zum Felde, Sebastián Morey Otero, Fernán Silva Valdés, Guillermo de Torre, Jaime L. Morenza, Dr. Eugenio Petit Muñoz,

Carlos Sabat Erscasty, Leonor Hortiou, Emilio Verdesio, Alberto Lasplacas, Blas S. Genovese, Carlos A. Clulow, Dr. Emilio Frugoni, Dra. Paulina Luisi, Julio J. Casal, Rodrigo Soriano, Montiel Ballesteros, Sabas Olaizola, Otto Niemann, Juan M. Filartigas, Méndez Magariños, Otto Miguel Cione, Roberto Ibáñez, Luis A. Gulla, Alicia Porro Freire, Fernando Nebel, Carlos Benvenuto, Esther de Cáceres, Orestes Baroffio, Raquel Sáenz, Enrique Dieste, Sarah Bollo, Susana Soca, Theodoro Pilz, Dr. Ildefonso Pereda Valdés, Dr. Carlos Quijano, J. Jiménez de Aréchaga, José P. Héguy Velasco, Mercedes Pinto, J. V. Iturbide, Humberto Zarrilli, Rubén Rojo, Manuel de Castro, Julio César Marote (Presid. de la Fed. Magisterial Uruguay), Isabel Puig de Estable (por la Asociación *J. P. Varela*), B. López Toledo (por la Asociación de E. Normalistas), Juvenal Ortiz Saralegui, Gervasio Guillot Muñoz, Roberto Abadie Soriano, Lincoln Machado, Evaristo López, Alfredo Eusebio Martínez.

**Carta abierta del Rector de la Universidad Dr. Carlos Vaz Ferreira**

Señor don Eugenio Petit Muñoz.—De mi mayor consideración y afecto: Me ha pedido Ud., y por su intermedio otras personas, con Ud., de las que más estimo y respeto, mi adhesión a una protesta que se envía a Chile

con motivo de destierros y confinamientos de maestros. No conozco el detalle de los hechos; pero, habiendo un gobierno que destierra o confina maestros, mi opinión y sentimientos tiene que continuar siendo en este caso los que han sido base constante de mi prédica y enseñanza, enfocadas y ahondadas en el respeto de la libertad, de tal manera que si alguna pequeña originalidad tuviera mi doctrina, sería el intento de mostrar que fuera cual fuese el valor de las consideraciones un poco doctrinarias en que se fundaba cierto liberalismo tradicional, más fuertes son, y más sólidas todavía las consideraciones *positivas* que hacen de la libertad el supremo bien *práctico*, consideraciones con que debe *recimentarse* en la enseñanza la doctrina de la libertad y de los derechos individuales. Y esto es, precisamente, lo que no entienden tantos gobiernos de hoy, que, por creer temas de teóricos e idealistas lo que es más práctico y vital de todo: la libertad de los hombres—o por subordinar a otras consideraciones ese bien que, a largo plazo, es el supremo—tan hondos y prolongados males están creando para pueblos que merecían otra suerte.

Como esto es lo que yo enseño continuamente, con demostraciones y ejemplos prácticos, no necesito (ni ello sería posible) insistir aquí; y, precisamente por eso, también, yo manifesté en otra carta, publicada en un reciente caso análogo, que éstas mis ideas y sentimientos, y la protesta que de ellos salen (se entiende: contra *todos* los atentados contra la libertad, proveniente de cualquier gobierno de cualquier tendencia política o social), quedaban expresados de una vez por todas. Con eso pretendía evitar una insistencia que podría tomarse como vanidad o exhibicionismo. Pero ya que insisten Ud. y sus compañeros en pedirme esta manifestación, y creen que ello podría contribuir a hacer bien, se la repito en esta carta, de la que pueden hacer el uso que deseen (en el sentido, no hay que decirlo, de que sólo comprometo mis opiniones y sentimientos personales, y en nada a las instituciones en que desempeño cargos públicos).

Lo saluda con el especial afecto de siempre.

*Carlos Vaz Ferreira*

Montevideo, febrero 23-1929.

DESDE SUS primeros pasos en la vida pública sintió predilección por los estudios del derecho de gentes el hoy ya célebre tratadista, autor de *Le Continent Américain et le Droit International*, obra de indiscutible mérito que acaba de publicarse en esta ciudad de París, en un volumen de 404 páginas, con un prefacio del profesor y diplomático de altas ejecutorias, señor N. Politis, delegado de Grecia en la sociedad de naciones.

Al revés de lo que suelen hacer, en general, los publicistas colombianos—que dispersan su curiosidad en diversas direcciones— el eminente tratadista, doctor Francisco José Urrutia, dedicóse desde temprano al detenido estudio de la ciencia que trata de las relaciones jurídicas entre los Estados, ciencia vastísima en nuestros días, porque a medida que se ensancha la órbita de los intereses económicos y políticos entre los pueblos, es más amplio y complicado el campo en que se aplican, o deben aplicarse, los principios del Derecho Internacional.

Afortunadamente para el país, el señor Urrutia ha sido conservado por sucesivos gobiernos en altos puestos diplomáticos desde el día, ya lejano, en que fué llamado del Ecuador a ocupar la secretaría del ministerio de relaciones exteriores. Hombre de clara inteligencia y de tenaz constancia, consagróse al estudio de nuestros problemas internacionales. Más tarde, y ya como delegado de Colombia en la sociedad de naciones, en inmediato contacto con sabios y renombrados tratadistas y políticos europeos, ensancháronse sus puntos de vista. Su ágil inteligencia, su exquisito tacto, conquistáronle la estima de

**El Continente Americano y el Derecho Internacional**

—De *El Tiempo*. Bogotá—

sus colegas de Ginebra, sin distinción de nacionalidades. Cuando como presidente de la liga correspondió al señor Urrutia dirigirse al gobierno de Madrid para invitar a España a ocupar de nuevo su puesto en la sociedad de naciones, debió sentir el señor Urrutia íntimo agrado, porque bien conocida es su adhesión a los ideales de la raza hispánica.

Los institutos de derecho internacional abrieron sus puertas a nuestro compatriota. A ellos ha en-

trado, no a manera de diletante, sino como par del chileno don Alejandro Alvarez, del cubano, señor Sánchez de Bustamante, del brasilero, doctor Rodrigo Octavio y de otros eminentes publicistas, que ilustran en este principio del siglo a los expositores europeos acerca de la marcha de los problemas internacionales americanos.

Otras obras había antes de la que ahora comento, publicado el doctor Urrutia, todas ellas en castellano. Su interesante monografía

sobre el principio del arbitraje en América, es con frecuencia citada por los especialistas. Mas ya era tiempo de que nuestro ilustre compatriota escribiera y publicara una obra en lengua francesa para confiar a vehículo tan eficaz en la difusión del pensamiento su eruditos comentarios a lo que se ha llamado con cierta impropiedad (que Urrutia anota), Derecho Internacional Americano, pues a todas luces la ciencia es una y cualquier progreso que ella realice en ésta o la otra parte del mundo, pertenece al caudal de sus adquisiciones. Es, por lo demás, bastante notorio que en América, especialmente en la hispánica, preséntanse problemas de diversa índole de los europeos, que deben ser resueltos en forma diferente a la europea, pero siempre dentro de los principios universalmente aceptados en las relaciones jurídicas entre naciones civilizadas. El antagonismo entre los dos cuerpos de derecho, el europeo y el americano, sólo sería favorable a las miras exclusivistas de uno de los Estados del nuevo mundo. No existe un derecho internacional europeo y un derecho internacional americano, como no hay una paz de Europa y una paz de América, sino una paz del mundo entero, según la feliz expresión del señor Briand en reciente discurso ante el senado francés.

Estudia el señor Urrutia el desarrollo del derecho internacional en América desde sus orígenes hasta la última conferencia celebrada por los pueblos del Continente en La Habana. En esa conferencia, como en las anteriores, las tendencias idealistas y avanzadas de los pueblos de origen latino hanse visto frecuentemente detenidas en sus generosos impul-

**JOHN M. KEITH & Co., Inc.**  
SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

**Cajas Registradoras "National"**

The National Cash Register Co.

**Máquinas de Contabilidad "Burroughs"**

Burroughs Adding Machine Co.

**Máquinas de Escribir "Royal"**

Royal Typewriter Co., Inc.

**Muebles de Acero y Equipo para Oficinas**

Globe Wernicke Co.

**Implementos de Goma**

United States Rubber Co.

**Maquinaria en General**

James M. Motley., New York

**JOHN M. KEITH**  
Socio Gerente

**RAMÓN RAMÍREZ A.**  
Socio Gerente

sos por las reservas que siempre ha impuesto a los más liberales principios jurídicos el interés imperialista de los Estados Unidos saxoamericanos.

Es precisamente esta faz de la historia del Derecho Internacional en América lo que llama de una manera particular la atención de los publicistas europeos, quienes ven en aquellos Estados Unidos el super-estado regulador de las tendencias avanzadas del derecho en el continente americano. Al referirse el *Journal de Genève* a la obra de Urrutia, a la cual califica de magistral, anota precisamente, que los Estados Unidos saxoamericanos al denegarse aceptar los principios de arbitraje propuestos por las naciones de origen hispánico y, especialmente por Colombia desde los tiempos de Bolívar y Santander, han disminuído el alcance que tienen esos principios en América.

El autor de *El Derecho Internacional de un Continente*, se limita a escribir con admirable discreción la historia de los congresos de juriconsultos y de las conferencias panamericanas, en las cuales bajo la égida del gobierno de Washington han venido congregándose los representantes de origen ibero. Evita el señor Urrutia todo concepto que pudiera dar asa a la polémica o siquiera a la más tenue controversia entre los tratadistas. Es el Dr. Urrutia un discípulo de Carlos Calvo. El experto diplomático pone ante los lectores con la lucidez de un historiador desinteresado y parsimonioso, los hechos, sin detenerse a juzgar las actitudes internacionales de cada pueblo en determinado momento. Se limita con absoluta imparcialidad a exponer el curso de los debates en las conferencias panamericanas. Su obra es de innegable importancia para quienes conocen una síntesis de las resoluciones y acuerdos, convenciones y tratados (que generalmente se han quedado en proyectos) aprobados en las conferencias panamericanas.

Comprende el autor de estas líneas que para el doctor Urrutia habría sido enojoso, a causa del puesto que desempeña en Berna y ante la sociedad de naciones, detenerse a examinar el estatuto de la Unión Panamericana y el funcionamiento de las conferencias que ella organiza; y después de poner en evidencia la imperfección de ese instituto, dirigido, controlado e invigilado por el gobierno de Washington como director supremo de la Unión Panamericana, proponer la reforma de esa institución e indicar el régimen interior a que deberían someterse las futuras conferencias si se pretende que tengan ellas resultados benéficos en las relaciones entre los pueblos del continente americano.

## La estimación extranjera

LA NACIÓN  
Edición de los Domingos

Buenos Aires, 19 febrero 1929

Señor Director de REPERTORIO AMERICANO  
San José de Costa Rica.

Muy señor mío y colega:

Me permito solicitar de usted quiera establecer canje entre la revista por usted dirigida y el Suplemento de Arte y Letras LA NACIÓN que le será remitido regularmente desde esta fecha.

Esperando su atenta reciprocidad, aprovecha la ocasión para saludarle su afmo. y s. s.

E. Méndez Calzada

Es tiempo de que los verdaderos diplomáticos de origen hispanoamericano, los tratadistas de las capacidades y de la autoridad del doctor Urrutia, propongan a los gobiernos de América una política franca y sincera en relación con ese remedo de la liga de naciones que se llama Unión Panamericana.

Si antes de la gran guerra podía un poderoso Estado pretender la hegemonía en un continente y, como Alemania en la primera conferencia de La Haya, mirar con cierto desvío a las delegaciones de los pueblos débiles, hoy las cosas han cambiado. Bélgica hizo fracasar el empuje germánico. Someter a Sandino en Nicaragua está costando grandes esfuerzos al imperialismo saxoamericano. Pero también es preciso reconocer que la guerra ha traído—como lo observa el señor Urrutia—profundas transformaciones de orden moral, psicológico, político, económico, social y material.

De una parte la conciencia humana se hace cada día más apta para concebir los principios de la justicia entre los pueblos, la igualdad jurídica de los Estados y las relaciones que deben existir entre ellos.

La soberanía absoluta de los Estados admite actualmente restricciones esenciales, impuestas por una ley superior a la soberanía misma y por necesidades de la comunidad internacional, cuyos intereses exigen que así los fuertes como los débiles procuren resolver pacíficamente sus controversias. Lentamente se va estableciendo entre las naciones una interdependencia, nacida de las necesidades consiguientes al desarrollo de la civilización. Se colocaría al margen de la comunidad internacional una nación que poseyera, v. gr., grandes minas de radio, sustancia indispensable para la curación de una extendida enfermedad, y que hallándose en imposibilidad de explotarla con sus propios recursos no permitiera que la beneficiaran compañías formadas en otros paí-

ses, provistas de los elementos necesarios para hacer eficaz esa explotación. Pero la interdependencia de que aquí se trata no es, ni puede ser, la anulación de la soberanía de un país por otro más poderoso, con miras enteramente egoístas, en provecho de su política nacional, como es el caso entre los Estados Unidos y Nicaragua. La interdependencia es una armonización de los intereses dentro del respeto estricto de la soberanía de cada pueblo.

Los grandes problemas económicos y sociales—dice el señor Urrutia—han cesado de ser nacionales para convertirse en internacionales. El bienestar y el progreso económico o social no pueden ser el privilegio de uno o de varios países. La interdependencia de todos es uno de los más señalados caracteres que presenta el derecho internacional en nuestra época.

Mientras los Estados Unidos saxoamericanos se empeñen en mantener la desconfianza y la inquietud entre los países de origen latino con su política de intervenciones y su unilateral doctrina Monroe, interpretada al humor de cada uno de sus estadistas, la Unión Panamericana y el panamericanismo sólo serán fórmulas de una política insincera que deprime la dignidad de los pueblos del resto de América.

Un renombrado publicista, don Alejandro Alvarez, ha escrito que el panamericanismo «representa la solidaridad y la armonía de intereses, la ausencia de antagonismos irreductibles, la igualdad jurídica, la identidad de aspiraciones y de doctrinas en el dominio internacional. El panamericanismo se resume en el hecho de reconocerse todos como los miembros de una misma familia de naciones».—(*La Revue de Genève*, Marzo de 1923.)

—Entrañan estas palabras una intención generosa, pero la definición del señor Alvarez no corresponde a lo definido. El Panamericanismo es apenas una forma de la política de los Estados Unidos, los cuales se complacen en reunir periódicamente a los delegados de otros pueblos de América (los Es-

tados Desunidos) con el fin de que sancionen su aplastante hegemonía.

Los pueblos de la América del Centro y de la América del Sur pueden clasificarse en estos momentos en relación con el panamericanismo en tres categorías: la primera comprende a la Argentina y el Uruguay, con tendencias a formar en el futuro un grupo homogéneo con Paraguay y Chile. Estos países, en particular Argentina, cuyo desarrollo es asombroso en todos los órdenes del progreso, tienen pocos vínculos comerciales, políticos y sociales con la poderosa Unión del Norte. Miran más hacia Europa que hacia Washington. La República Argentina parece inclinada a retirarse de la Unión Panamericana, como lo demuestra el hecho de que haya rehusado enviar sus representantes a la última conferencia sobre arbitraje y conciliación reunida en Washington.

El segundo grupo está constituido por México, Costa Rica, Colombia, Brasil y Bolivia, que tienen grandes vinculaciones económicas y comerciales con la Unión saxoamericana. Algunos de ellos sienten aún profundos resentimientos por las ofensas que contra su integridad territorial recibieron de los gobiernos imperialistas de Washington, pero todos se ven obligados a mantener relaciones amistosas con el poderoso Estado del Norte, porque su economía nacional depende en gran parte de los mercados de la Unión. Este grupo de naciones, con excepción, quizá, del Brasil y de Bolivia, que se encuentran geográficamente muy alejados del coloso, sienten en constante peligro su soberanía. Están demasiado cerca de la esfera de sus influencias.

El tercer grupo está formado por los países americanos que aceptan voluntaria o pacientemente el irrestricto derecho de los Estados Unidos a intervenir en los negocios interiores de los demás pueblos del nuevo mundo. A este grupo lo encabeza el Perú, y tiene por abanderado al señor Leguía y por evangelistas al doctor Víctor Maurtua y al señor Orestes Ferrara.

Quien medite por un momento en el ambiente insincero, sin franqueza y elevación que domina en las conferencias panamericanas, se dará cuenta de que los delegados de una nación de los antecedentes y del futuro de la república Argentina se encuentran cohibidos, verdaderamente incómodos en las conferencias panamericanas. De modo que es de presumirse que si los Estados Unidos no se avienen a interpretar solemnemente la doctrina Monroe en un sentido que satisfaga a pueblos que se consideran libres, la Argentina procurará mantenerse alejada de las conferencias panamericanas.

Max Grillo

PERSONAJES

Agmar..... }  
 Slag..... }  
 Ulf..... }  
 Ugno..... } Mendigos  
 Zan..... }  
 Malán..... }  
 Un ladrón... }

Urander... }  
 Hanaun..... } Ciudadanos  
 Akmos..... }

Los peregrinos de los  
 dromedarios  
 Ciudadanos, etc.  
 Los otros.

La acción en el Oriente.

ACTO PRIMERO

Fuera de las murallas de la ciudad.  
 Tres mendigos están sentados en el suelo.

Ugno.—Malos están los tiempos para la mendicidad.

Zan.—Sí que están malos.

Ulf.—(Mendigo más viejo, aunque no canoso.) Algún mal ha acaecido a los ricos de esta ciudad. Ya no se complacen en la beneficencia, sino que se han vuelto amargos y avarientos. ¡Ay de ellos! A veces los compadezco cuando en ello pienso.

Ugno.—¡Pobres de ellos! ¡Qué triste aflicción debe de ser el tener el corazón avariento!

Zan.—Sí que es triste aflicción y perjudicial para la vocación de la mendicidad.

Ugno.—(Reflexionando.) Hace muchos meses que están así. ¿Qué puede haberles sucedido.

Zan.—Algo malo.

Ulf.—No ha mucho que se ha acercado a la Tierra un cometa que ha envuelto al mundo en un manto de tristeza. Los dioses están adormecidos y todo lo que en el hombre hay de divino, como la benevolencia, la embriaguez, la suntuosidad y el canto, se ha desvanecido, se ha muerto, sin que los dioses hasta ahora lo hayan resucitado.

Ugno.—Es vergonzoso.

Zan.—He visto el cometa por las noches.

Ulf.—Los dioses están adormecidos.

Ugno.—Si no se despiertan pronto y vuelven a hacer esta ciudad digna de nuestra orden, de mí, sé decir que abandonaré mi vocación y compraré una tienda donde pueda sentarme a la sombra y traficar lucrativamente.

Zan.—¿Tendrás una tienda?

(Salen Agmar y Slag. Agmar, aunque pobremente vestido, es alto, imponente y más viejo que Ulf. Slag le sigue).

Agmar.—¿Es un mendigo el que habla?

Ugno.—Sí, señor, un pobre mendigo.

Agmar.—¿Desde cuándo existe la vocación de la mendicidad?

Ugno.—Desde que se fabricó la primera ciudad, señor.

Agmar.—¿Y cuándo han tenido oficio los mendigos? ¿Cuándo se han dedicado a regatear y vender y a sentarse en tiendas?

Ugno.—Nunca han hecho tal cosa.

Agmar.—¿Serás tú el primero en traicionar la vocación?

Los dioses de la montaña

Pieza teatral en tres actos, original de Lord Dunsany

Traducción del Dr. Luis A. Baralt y Zacharie

=De Cuba Contemporánea. La Habana.=



Ugno.—Los tiempos están malos para la vocación por estos parajes.

Zan.—Sí que lo están.

Agmar.—¿De modo que quieres abandonar la profesión?

Ugno.—La ciudad es indigna de nuestra vocación. Los dioses dormitan y todo lo que hay de divino en el hombre ha muerto. (Al mendigo tercero.) ¿Verdad que los dioses dormitan?

Ulf.—Dormitan en sus montañas, allá en Marma. Los siete ídolos verdes dormitan.

¿Quién es éste que nos riñe?

Zan.—¿Eres, señor, algún gran mercader? Quizás quisieras ayudar a un pobre que se muere de hambre.

Slag.—¡Mi señor un mercader! no, no. Qué ha de ser mercader. No es tal.

Ugno.—Bien me doy cuenta de que es un gran señor disfrazado. Los dioses se han despertado y lo envían a que nos salve.

Slag.—No, no. No conocéis a mi amo. No lo conocéis.

Zan.—¿Será el mismo Soldán que ha venido a reñirnos?

Agmar.—Soy mendigo y mendigo viejo.

Slag.—(Con gran orgullo.) No hay otro como mi amo. Ningún viajero ha visto jamás astucia como la suya, ni siquiera los que vienen de Etiopía.

Ulf.—Bienvenido seas a nuestra ciudad, sobre la cual ha caído un grave mal, pues son estos días poco favorables para la mendicidad.

Agmar.—Que nadie que haya conocido los misterios de los caminos o sentido el viento nuevo que se levanta con el alba, o que haya llamado a las almas humanas para despertar en ellas la benevolencia divina, vuelva a hablar de oficios ni de las misérrimas ganancias de las tiendas y los mercaderes.

Ugno.—Hablé sin pensar, porque los tiempos están malos.

Agmar.—Yo mejoraré los tiempos.

Slag.—No hay nada que mi amo no pueda hacer.

Agmar.—(A Slag.) Cállate y préstame atención. No conozco esta ciudad. Vengo viajando desde lejos, después de haber casi agotado la ciudad de Ackara.

Slag.—Allí atropellaron a mi amo tres veces, una vez lo mataron, y siete veces fué golpeado y robado, y siempre alcanzó espléndida compensación. Tuvo nueve enfermedades, varias de ellas mortales.

Agmar.—Silencio, Slag. ¿Tenéis ladrones entre vosotros?

Ulf.—Tenemos algunos a quienes llamamos ladrones, señor, pero apenas te parecerían a ti dignos del nombre. No son buenos ladrones.

Agmar.—He de necesitar el mejor ladrón que tengáis.

(Salen dos ciudadanos ricamente ataviados, Hanaun y Urander).

Hanaun.—Por tanto mandaremos galeones a Ardaspes.

Urander.—A Ardaspes directamente por las Puertas de Plata.

(Agmar coloca el grueso mango de su cayado debajo del brazo izquierdo y se apoya sobre él con todo su peso; ya no está erguido como antes. Su brazo derecho cuelga como exangüe y paralizado. Va cojeando hasta donde están los ciudadanos, implorando socorro.)

Hanaun.—Lo siento; no puedo socorrerte. Hemos tenido demasiados mendigos y nos vemos obligados a negar socorros en obsequio de la ciudad.

Agmar.—(Se sienta y llora.) ¡He venido de tan lejos!

(Hanaun vuelve a poco y le da una moneda a Agmar. Vanse Hanaun y Urander. Agmar, otra vez erguido va a donde están los demás.)

Agmar.—Necesitamos lujosos trajes; es menester que el ladrón ponga manos a la obra cuanto antes. Es mejor que sean verdes los trajes.

Mendigo.—Yo iré en busca del ladrón. (Vase).

Ulf.—Nos disfrazaremos de grandes señores y nos imponemos a la ciudad.

Ugno.—Eso es, diremos que somos embajadores de algún país lejano.

Ulf.—Y comeremos cuanto queramos.

Slag.—(A Ulf en voz baja.) Pero no conocéis a mi amo. Ahora que proponéis que vayamos de grandes señores, veréis cómo propondrá él algo mejor todavía. Propondrá que vayamos de reyes.

Ulf.—¡Mendigos de reyes!

Slag.—Asimismo. No conocéis a mi amo.

Ulf.—(A Agmar.) ¿Qué quieres que hagamos?

Agmar.—Primero habéis de buscar los lujosos trajes de la manera que ya he indicado.

Ulf.—¿Y entonces qué haremos?

Agmar.—Pues entonces nos disfrazaremos de dioses.

Los Mendigos.—¿De dioses!

Agmar.—De dioses. ¿Conocéis la tierra por donde he pasado recientemente en mis peregrinaciones? Marma, donde hay dioses tallados en la verde piedra de la montaña. Están sentados los siete contra la colina. Allí están quietos, y allí los adoran los viajeros.

(Pasa a la página 312)

Un retrato y un artículo sobre el libro de Montenegro, le van incluso. Usted conoce ya al autor, por el cual en otra ocasión, según sé, Repertorio laboró en favor de su libertad. Todavía no hay nada de efectivo en esta liberación. Montenegro sigue esperando. Y nosotros, sus amigos y camaradas, debemos proseguir en nuestra campaña de solicitud a los Tribunales de Cuba porque se le rebajen los tres años de presidio que aún le restan.

(Fragmento de carta al Editor del Rep. Am.)

La literatura de Latinoamérica inicia en estos momentos un nuevo ciclo renovado y con lineamientos más definidos. Las etapas anteriores—de hace apenas dos, tres, cuatro años—sagas, vacilantes, donde todas las escuelas vanguardistas de Europa hallaron eco, pero como tal, demostraron su falta de raigambre, de efectividad, van dejando paso a un nuevo sentido estético donde la deshumanización es lo menos cierto. América, pueblo joven, pueblo de ancho porvenir y futura incubadora de un humanismo sin paralelo—valga la asimilación de 20 años de lucha europea y de oscuros y caóticos procesos en los mismos pueblos latinoamericanos para culminar en su propia definición social y ética—tiene en el arte, porción preponderante de la Cultura un campo vastísimo para ejercer sus cualidades creadoras, de acuerdo con la conciencia recién despierta de la época.

El poema, el ensayo, el cuento, la novela, el teatro—género este último jamás explotado en nuestros países con el concepto sociológico, educativo y recreativo a la vez, que es su índole—cobran matiz nuevo que ya no es matiz y que a medida que avanza nuestra posesión de la verdadera misión del arte, va constituyéndose en instrumento dúctil que lleva en sí no sólo la belleza abstracta o simplemente contemplativa del arte por el arte—deshumanización—sino el temblor de la vida junto al aliento de lo bello.

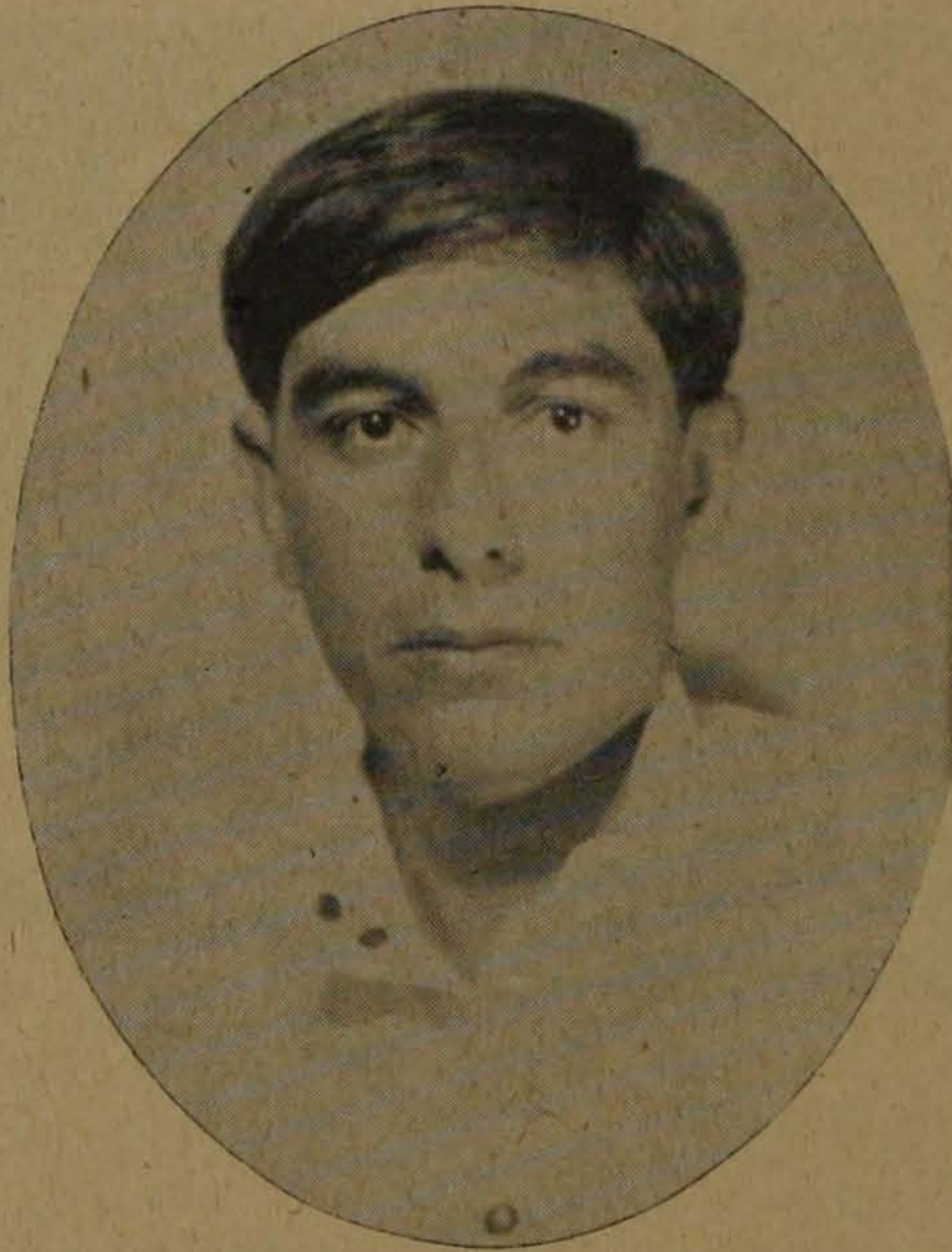
Ni negamos ni exaltamos las excelencias de la influencia cultural europea sobre la conciencia en formación de nuestros pueblos. Las necesitamos en una época despersonalizada como fué la que siguió a la Conquista y al arrinconamiento casi definitivo de las culturas autóctonas. Pero entonces América no era América, sino el reflejo—mal reflejo—de la importación occidental. Hoy ha cambiado el aspecto. América ha asimilado y está en capacidad de cooperar a la Cultura Universal con su creación propia, fiel reflejo de su idiosincracia racial, étnica y ética. Negociación de la decadencia europea, la nueva producción artística de América es precisamente una aspiración humanista, desnuda de artificios, recuperada, rehabilitada, ansiosa de ser americana por el motivo único, por la realidad impulsora que en América es promesa vibrante y cierta.

Hoy presentamos a nuestra tabla de valores un nuevo nombre: Carlos Montenegro.

Carlos Montenegro ingresa a la literatura de nuestra América, con un libro

Arte americano

## El Renuevo y otros cuentos de Carlos Montenegro



Carlos Montenegro

fuerte, desnudo, humano. Y se alista en el número de nuestras posibilidades de hacer un arte no solamente poseedor de bellezas regionales—pintura—sino la contextura racial, idiosincrática y alerta a la hora de renovación y creación que es el anhelo del mundo, y que tiene tan especiales signos en tierra latinoamericana.

*El Renuevo y otros cuentos* está dividido en *Cuentos de Hombres Libres* y *Cuentos de Presidarios*.—Pero una sola vibración—todas las gamas—recorre los nervios de este libro. Sus personajes—hombres, niños, hembras—oscuros o blancos—se nos presentan en la idéntica identidad de sus humanidades sin disfraces. Es la primera vez que vemos surgir al hombre así, dentro de un relato literario, sin literatura. ¿La primera vez?—También Panait Istrati, pero este maravilloso vagabundo está lejos de nuestra alma americana.

Sus personajes son feos, son perversos y crueles, están carcomidos de todas las lacras productos de una civilización corroida y que desde la vieja Europa, una vez maestra y madrastra de América, va desmoronando para dejar paso a la nueva aurora.

Todos los bajos fondos, oscuros, inexplicables, freudianos de los hombres de ahora, atormentados de esclavitud, se nos muestran a través de estos relatos—mejor que cuentos—de este pupilo del

Castillo del Príncipe, con diez años de prisión a costas y tres más por vencer.

Pero dentro de esa crueldad tan humana, como un río dulce que bañara todos los breñales y las aristas asesinas, cuántas veces la más emocionada ternura nos ovilla en un sollozo de niño que cedió su escopeta a cambio de la vida de un gorrión. (Ay mi vida, mi vida! ¡Mis siete años! ¡Mi madre que murió y no la vi muerta! ¡Ay de los hombres buenos y cobardes! ¡Ay del que en su niñez tenga una noche así y no se salve!) donde súbitamente nos encontramos reflejados. Y la áspera dulzura del niño que frente a la madre muerta, lloraba porque tenía hambre y se robó un pomo de caramelos...

¿Le ha hecho bien el presidio?—Montenegro rodó por el mundo—y por la vida, intensa, loca, preñada de novedad—desde los 12 hasta los 19 años, en que después de haber visto tantas veces de cerca la Tragedia, ésta desembocó en una esquina y lo alcanzó con un puñal en la mano, que ciegamente, rompió la vida de un hombre que él no conocía.

Desde entonces, con los muros de la fortaleza feudal que amarró sus rebeldías, se detuvo la vida. Y solo el sueño y el ensueño rondaron sus días interminables. Carlos Montenegro aprendió a escribir en la prisión. Y para hacer menos pesada la losa del aburrimiento—¡van diez años de prisión!—escribió, escribió, sin alíno, sin literatura, por necesidad biológica, para llenar el ancho vacío de sus días iguales. Y en sus relatos, con energía nueva, y voz emocionada, cuenta episodios de su vida, de su vida embrionaria, ya que sólo en la libertad puede vivirse y la de él abrió un paréntesis a los 19 años que aún no se cierra.

Carlos Montenegro es un niño en su actitud, en sus palabras, en su timidez. Constatamos que su vida se ha detenido a los 19 años. El declara honradamente su incipiente cultura, su desconocimiento y su ansiedad salvadora por conocerlo todo, todo lo que pasa detrás de los muros, donde tantas inquietudes hierven sin alcanzarle, donde todos los días se renueva la vida. Pero las nuevas palabras que le llegan, qué eco fervoroso encuentran en su corazón.

Cuando le habló de América, Montenegro, que conoce México, demuestra una viva curiosidad amorosa. No son nada tres años para él—tantas veces se ha pedido a los hombres su indulto—y entonces, dice, empezará la verdadera vida. Conocerá Suramérica, sus razas maravillosas con las que quiere vivir y conocerlas. Y poder un día hablar de ellas, como lo ha hecho con sus guajiros cubanos y con los indios del México de la Revolución.

Tres años... tres años... Pero una ancha esperanza ilumina y fortalece el corazón de este hombre que espera.

Magda Portal

Habana, abril, 1929



*Este hombre hizo cosas graves...*

W. BLAKE

## Alejandro Sux, ex-anarquista y ex-bohemio

(Para Repertorio Americano)

VA para cuatro años, que una mañana primaveral encontréme, sin preparación, frente a frente de Alejandro Sux, en la Avenida de Madero, la Calle Florida de Méjico. Hábiale conocido en París, allá por 1915, en las oficinas de *La Prensa* de Buenos Aires. Me asalta ahora su figura mosqueteril de entonces: sombrero negro de anchas alas, corbatón sedoso y negligente, cabello oscuro casi ondulado, cara color de aceituna, como la de la mayoría de los argentinos.

Entramos a un café cercano. Ante sendas copas rebosantes de un licor turbio, opalino y parisiense, habléme de sus proyectos con el verboso optimismo de un indiano: venía a conquistar Méjico. Este Méjico ondulado y contradictorio, donde se derrumba por la tarde, lo que se construye por la mañana. Me entusiasmaron sus proyectos colosales, purificados de toda preocupación literaria. Sux, el bohemio monmatre-argentino, se ha trocado, sin saberlo yo, en un genuino y peligroso *business-man*.

Reanudada nuestra amistad de antaño, le oí hablar, entre incrédulo y divertido, de pozos de petróleo, concesiones ferrocarrileras, agrarias y náuticas. Ha pasado casi un lustro y sus proyectos mercuriales se hallan a punto siempre de realizarse. No dudo del buen éxito de sus combinaciones: los altos funcionarios le despiden, cortesmente, con un efusivo «vuelva usted mañana». Pero Sux, no las tiene ya todas consigo. Empieza a preguntarse—como Bolívar—si habrá arado en el mar. Sin embargo, es un hecho incuestionable que, en compañía de tres mejicanos empujadores, posee veinte mil hectáreas de terrenos petrolíferos en la Huasteca Veracruzana. Pude convencerme de ello, hojeando el protocolo del Notario Ramón Cosío González, cuya oficina se encuentra en el número 20 de la Calle de Tacuba de de esta ciudad.

Ayer, en LA SUIZA, aprovechando ciertos avances expansivos de Sux, hemos vuelto a platicar. Me ha contado, sin ambages, toda su vida. Su verdadero apellido es *Maudet*. Un bisabuelo suyo, peleó en pro de la independencia argentina. Su rebautizo data de 1903. Acudió al monosilábico *Sux*—que parece una interjección—para no comprometer a su padre, que es un laborioso funcionario, con sus actividades anarquistas.

—¿Qué le llevó a usted al anarquismo? —le pregunto intrigado.

—Verá usted: la amistad con un gallego, de apellido Pita, empleado en una mueblería perteneciente a uno de mis tíos. Las cosas pasaron así: estando yo de pie un día en la puerta del establecimiento, entró un general (existen, afortunadamente, pocos generales en la República Argentina), a preguntar cual era el precio de un tapiz que se estaba exhibiendo en uno de los aparadores. El militar, en tono de extrema confianza, dirigiéndose a Pita, le disparó a quemarropa esta pregunta:



—Díme, che, ¿qué precio tiene este tapiz?

Pita le respondió, guasonamente, en el mismo estilo:

—¿Por qué no vas tú mismo a preguntárselo al patrón, que está allá dentro?

El general se puso rojo de coraje, atusóse agresivamente el bigote, dió media vuelta, fuése y no hubo nada. No habría hecho otro tanto el general colombiano Carlos Cortés Vargas, que ha poco se cubrió de gloria en las épicas jornadas de Ciénaga, matando obreros indefensos, por cuenta de la UNITED FRUIT...

Cuando el Marte criollo hubo evacuado la tienda, Pita se volvió hacia Sux (muchacho de 17 años) y le dijo con paternales modulaciones: «no sirvas nunca a quienes visten traje de luces. Toreros y militares son una misma cosa: ¡matarifes! El ejército—según enseña Tolstoy—es la violencia organizada.»

Pita empezó a prestarle a Sux libros inquietantes. Llegaron a ser íntimos. El escritor en potencia, oía al gallego como si fuera un oráculo. Así las cosas, ingresó Alejandro en el COLEGIO NACIONAL DEL OESTE, de la ciudad de Buenos Aires. Asistía también a las clases nocturnas de literatura española, que daba el Profesor Atienza y Medrano en los bajos del edificio de *La Prensa*. Fué allí donde conoció al poeta Enrique Banchs quien, mejor preparado, le venció en un torneo retórico, a pesar de la ayuda erudicional que en tal emergencia le prestó Pita. La contrarreplica de Sux, atiborra-

da de fraseología anarquista, causó desconcierto e hilaridad en la clase.

Años más tarde, sintiéndose ya maduro, publicó Sux sus poesías libertarias, *De mi Yunque*. Gran suceso de librería, que le impulsó a fundar la revista *Germen*, cuyo déficit reglamentario cubría religiosamente un sastre adinerado.

Por lanzar dos bombas, en el año de 1905, que causaron graves desperfectos en una estación ferrocarrilera de Buenos Aires, tuvo que huir Sux a Montevideo, perseguido muy de cerca por la policía secreta argentina.

Provisto de otro nombre, con la melena recortada, regresó varios meses después al territorio patrio, estableciéndose entonces en la ciudad de Mendoza, donde para no morir de hambre, tuvo que colaborar, amparado por un pseudónimo, en un diario ultra-conservador. Descubierta por la policía, no fué a parar a la cárcel, gracias al generoso apoyo que le prestó un influyente Senador liberal. En posesión de algún dinero, fundó otra revista, *El Moscón*, que se editaba en la pequeña imprenta de un italiano apellidado Paretto. Nació después—bajo muy buenos auspicios—una tercera: *La Ilustración Andina*, presentada lujosamente. Colaboraban en ella escritores de las tres Américas: Amado Nervo, Carrillo, Ugarte, Lugones, Sanín Cano. Una mala cosucha de nva, disminuyó los anuncios de la revista y dió al traste con la flamante publicación. Mientras tanto, *Germen* seguía apareciendo en Buenos Aires, al cuidado de Vicente A. Salaverri, al que Sux había desviado de quehaceres horteriles, empujándolo, premeditadamente, hacia la literatura.

Se me estaba olvidando consignar, que en Mendoza, abrió Alejandro Sux una ESCUELA LIBRE, que pronto le arrebató la clientela a todas sus rivales. El plantel, basado en principios pedagógicos modernos, que han hecho célebre al poeta Rabindranath Tagore como educador de la infancia, les era archisimpático a los alumnos concurrentes, porque en ese sitio de *dolce far niente*, se les dejaba hacer todo lo que les venía en gana. Alborotada la grey católica, con una escuela donde no se hablaba de Dios ni se usaba la palmeta, se amotinó una mañana frente al establecimiento modelo y lo clausuró a balazo limpio.

A su regreso a Buenos Aires, Sux empezó a frecuentar el CAFÉ-SANTOS DUMONT hoy de LOS INMORTALES, sito en la Calle de Corrientes. Intimó allí con José de Maturana, Alberto Ghirardo, Florencio Sánchez, Bayón, Herrera y Angel Falco. El establecimiento en referencia, se hizo famoso por el *completo Maturana*, brebaje en que entraban partes desiguales de leche, azúcar y algún reemplazante del ya trivial grano de la felice Arabia. En ese ambiente de inteligencia y fraternidad, planeó Alejandro su viaje a Europa, en compañía de Ernesto Herrera (autor dramático uruguayo que posee ya un monumento en Montevideo), quien tenía especial interés en que se realizara la aventura, pero poniendo como

*conditio sine qua non*, que el viaje al Viejo Mundo se hiciera a bordo de un vapor francés.

Como tenían que navegar en calidad de polizones, marcharon a embarcarse a Montevideo en el trasatlántico L'ITALIE, para evitar prematuras complicaciones. Llevaban, por todo capital, cuarenta pesos argentinos!

Cuando el piróscafo se acercaba ya a Santos, los pasajeros tuvieron que sufrir una primera inspección. Entonces, un oficial de la nave, que les había tomado mucho cariño al par de aventureros y hasta los había ocultado en la sentina, defendiéndolos así de posibles indiscreciones, aconsejóles que, mientras pasaba la visita reglamentaria, se escondieran en sendos sacos de patatas. Alejandro aceptó, sin pestañar, tal combinación; pero Herrera, ofendido en sus preocupaciones aristocráticas, la rechazó indignado y prefirió ser descubierto a viajar, de gorra, como vulgar tubérculo. En consecuencia, el uruguayo fué desembarcado en Santos. Sux, hizo, espontáneamente, una colecta entre los pasajeros de tercera clase (cayeron en sus manos cobrizas monedas de todas las naciones del mundo), para que su compañero pudiera disponer de algún dinero que le permitiera vivir unos días, sin zozobras, en el puerto brasileño.

Escortado por suaves vientos y rosadas ilusiones, arribó Sux a Barcelona. Vivía entonces la Ciudad Condal momentos tempestuosos. Alejandro se puso en contacto, incontinenti, con los elementos anarquistas que estaban preparando sorpresas a los aletargados burgueses de la Península. Durante la *Semana Roja*, que advinó algunos días después, convirtiéndose en líder de las turbas irresponsables. Lanzó proclamas inflamadas. Arengó a los catalanes en un dialecto fantástico. Derrotó al intrépido General Weyler en la Plaza de Cataluña, en el Paseo de Gracia y sublevó a los soldados del Cuartel de Atarazanas. Fué herido en un brazo. Recogido por una ambulancia, estuvo a punto de ser fusilado en el tétrico Castillo de Montjuich, y pudo salvarse gracias a los esfuerzos desesperados del Cónsul Argentino, Gache, a quien telegráficamente se dirigió Manuel Ugarte, desde Ginebra, para que solicitara el indulto del poeta rebelde. Libre al fin, embarcóse en un velero, con pasaporte mexicano, y tocó tierra en el minúsculo puerto de Cette, al pie de la barrera pirenaica.

Una vez en París, obtuvo algún dinero con la publicación de sus novelas, *Bohemia Revolucionaria* y *Amor y Libertad*. Evaporados sus últimos luises, hundióse en asquerosa bohemia. Conoció días sin pan y noches sin abrigo. Frecuentó peligrosos sitios apacheriles. Años más tarde, en menos precarias condiciones, fué amigo de Anatole France, de la serpentina Condesa de Noailles, del hispanizante Paul Adam y del trotamundos Jules Huret. Y para que ningún honor le faltara, hoy es miembro de la campanuda SOCIÉTÉ DES GENS DE LETTRES.

La Prensa de Buenos Aires, le nombró «cronista mundano», en 1912. Conservaba

tal representación al iniciarse la guerra de las naciones. Estuvo largos días en los frentes aliados haciendo crónicas del natural y hasta le tocó entrar a Bruselas, *vincitore*, después del Armisticio, bajo una lluvia de flores. La Duquesita de Béthume, entusiasmada con la marcialidad del rioplatense, pidió la mano de él—caso insólito—por intermedio del Sr. Blancas, Ministro argentino acreditado ante la Corte del Rey Alberto. Tras la feroz contienda, Sux llegó a ser uno de los garrapateadores más leídos del mundo. Fundado en esto, un *farazón* de Barranquilla, Colombia, al que el mismísimo Sancho Panza armó periodista, se le quedó con el valor de media do-

cena de jugosos artículos. A eso se debe, sin duda, que siempre que un colombiano se acerca al autor de *El Asesino Sentimental*, Alejandro se lleva, cautelosamente, la mano al bolsillo posterior del pantalón, en ademán defensivo.

Doblada ya la Península de las Tempestades, Sux es hoy día un eficaz padre de familia, que mora en una casa tranquila de la Calle de Tonalá; se acuesta temprano y escribe en veces para que no enmohezca su enantes ágil pluma. No habla jamás de literatura, alienta a los principiantes y es,—¡quién lo creyera!—un amable burgués que no le hace mal a nadie.

Mario Santa Cruz

México, IV, 929

## Los dioses de la montaña...

(Viene de la página 311)

Ulf.—Sí, sí, conocemos esos dioses. Aquí son muy reverenciados, pero están adormecidos y nada bello nos envían.

Agmar.—Son de jade verde. Están sentados con las piernas cruzadas y los codos derechos sobre las palmas izquierdas, el índice de la mano derecha apuntando hacia el cielo. Entraremos en la ciudad disfrazados, por el lado de Marma, y fingiremos ser estos dioses. Como ellos, seremos siete. Y cuando nos sentemos lo haremos como ellos, con las piernas cruzadas y la mano derecha hacia arriba.

Ulf.—Mala es esta ciudad para el que cae en las manos del opresor, porque desde que los dioses se olvidaron de ellos, los jueces carecen de compasión, así como los mercaderes de benevolencia.

Agmar.—En nuestra antigua profesión puede que un hombre se esté sentado cincuenta años en la misma esquina haciendo la misma cosa, pero puede llegar el día en que deba levantarse y hacer algo muy distinto, mientras el timorato se muere de hambre.

Ulf.—Pero convendría no enfadar a los dioses. Agmar.—¿No es la vida toda mendicidad para los dioses? ¿No ven ellos que los hombres les están siempre mendigando y pidiendo limosnas con incienso, y campanas, ardides sutiles?

Ugno.—Sí, en efecto, todos los hombres son mendigos ante los dioses.

Agmar.—El poderoso Soldán ¿no se sienta él ante el altar de ágata en su templo real con el mismo ademán con que nos sentamos nosotros en una esquina o a la puerta de un palacio?

Ulf.—Así es.

Agmar.—Entonces se regocijarán los dioses cuando ejercitemos nuestra santa profesión con nuevos ardides y con sutileza, de la misma manera que se regocijan cuando los sacerdotes entonan un nuevo cántico.

Ulf.—Sin embargo, tengo cierto recelo.

(Salen dos hombres hablando.)

Agmar.—(A Slag.) Vé tú a la ciudad precediéndonos, y haz que se haga allí una profecía que diga que los dioses de piedra verde que están en Marma pronto han de llegar allí en forma de hombres.

Slag.—Sí, señor. ¿He de hacer yo mismo la profecía? ¿O será preferible encontrarla en algún viejo documento?

Agmar.—Haz como si alguien hubiera visto una vez la profecía en un documento antiguo. Y haz que de ello se hable en la plaza pública.

Slag.—Haré que se hable de ello, señor.

(Slag se demora. Salen el Ladrón y Zan.)

Ugno.—He aquí a nuestro ladrón.

Agmar.—(Alentándolo.) Ah, es un ladrón muy ligero.

Ladrón.—Señor, no pude conseguir más que tres trajes verdes. La ciudad no tiene ahora un buen surtido de trajes verdes; además, es una ciudad muy suspicaz y que no se avergüenza de la bajeza de sus sospechas.

Slag.—(A un mendigo.) Esto no se llama robar.

Ladrón.—No pude hacer más, señor. No he ejercido el robo toda mi vida.

Agmar.—Has conseguido algo; puede que sirva a nuestro propósito. ¿Cuánto tiempo hace que estás robando?

Ladrón.—Robé por primera vez a los diez años.

Slag.—(Horrorizado.) ¡A los diez años!

Agmar.—Debemos hacerlos pedazos y distribuirlos entre los siete. (A Zan.) Tráeme otro mendigo.

Slag.—Mi amo a los diez años tuvo que escaparse de noche de dos ciudades.

Ugno.—(Con admiración.) ¿De dos ciudades?

Slag.—En su ciudad natal no saben todavía a dónde fué a parar el cáliz de oro que estaba en el Templo Lunar.

Agmar.—Sí, en diez pedazos.

Ulf.—Cada uno de nosotros se pondrá un pedazo sobre sus harapos.

Ugno.—Sí, sí, estaremos muy bien.

Agmar.—No es así como nos disfrazaremos.

Ugno.—¿Qué, no hemos de cubrir nuestros harapos?

Agmar.—Cada uno de los siete llevará un pedazo de traje verde debajo de sus harapos; de tal manera que aquí y allí se trasluzca un poco de lo verde; y los hombres dirán: «Estos siete se han disfrazado de mendigos. Pero no sabemos lo que son».

Slag.—Escucha a mi sabio amo.

Ugno.—Él sí que es mendigo.

Ulf.—Es un mendigo viejo.

(Telón.)

Aviador Rodríguez:

Para el álbum del aviador guatemalteco

más agrestes al espíritu de la civilización, lograron

Hace tres tardes, entre flores que alfombraron vuestro paso; entre perfumes y bellas mujeres que saturaban la atmósfera de fragancia y de encanto para saludar vuestra proeza; entre los aplausos, los himnos y los parabienes que el entusiasmo os brindaba en la hora sublime del triunfo, allá en la señorial residencia del incomparable amigo Aguirre Velázquez, pusiste en manos del Presidente de la República un álbum de honor donde el pensamiento del Istmo consigna para siempre la gratitud que guarda y la simpatía que os debe por la heroica hazaña, que a vuestro nombre afamado blasona y a Centro América abrillanta con irisaciones de gloria inmortal.

Para ese álbum que llevaréis como joyel encantado, donde el sentimiento de los admiradores se trueca en piedra preciosa y la frase de los amigos forma filigrana de oro para perpetuar el recuerdo de vuestra excelsa excursión, brotan estas pobres palabras inspiradas por la evocación augusta de la inolvidable Guatemala.

Guatemala! Sí, fué nuestra Meca antaño y es hoy la Arcadia centroamericana; con sus montes de oro, como el corazón de sus hijos; con sus campiñas de incomparable verdura; con sus lagos soñadores, donde el mismo cielo—nuevo Narciso—se contempla extasiado ante la policromía maravillosa de sus ondas; con sus enhiestas cumbres que, coronadas de escarcha, derraman fuego, como los altivos próceres que, encanecidos por el tiempo; vierten allá todavía la flama de su pensamiento; donde el *mecapal* se rinde a la locomotora y frente a un vetusto palenque surge la escuela de Gálvez; donde tienen una tumba Carrera y una estatua Montúfar; sede de estoicos indios, que evocan el Popol-Buj, nos

Jacinto Rodríguez Díaz

=Palabras de Joaquín Fernández Montúfar en una fiesta ofrecida por el Gobierno de Costa Rica el 13 de mayo de 1929.=



pronto izar en el propio palacio del conquistador los pendones de la libertad; donde el patriotismo de Arce, fundió al calor de la unidad todos los intereses y la espada de Morazán, juntó en un solo haz todos los pueblos; escuela donde se modelaron las generaciones más brillantes de nuestra historia; de allá nos vino la sangre, la ley y la autonomía; en fin, tierra bendita, plena de alma y de riqueza, con un quetzal que blasona su escudo; con varones singulares en quienes se cristaliza y fulgura el talento y la bizarría y con sus mujeres adorables que brotan como un canto divino en el concierto de la Belleza.

Es ley de la vida, que al hijo sólo le sea dable tener una madre, como manantial de consuelo y ángel de veneración; sin embargo, a mí, por suerte rara que siempre habré de bendecir, me cabe la dicha de contar con dos madres: Costa Rica y Guatemala. De ahí, que, al ver en esta fiesta entrelazarse nuestras banderas, sienta como el que más la comunión de los dos pueblos y ve amalgamarse en mi espíritu, como en un crisol de amor, la alegría intensa que hoy les hechiza, cuando el intrépido aeronauta hermano con las alas de su avión famoso graba en la inmensidad del firmamento el nombre sacrosanto de la Patria.

En aquella época en que el pabellón federal nos cobijaba, los fundadores de la República pintaron sobre el escudo de 1824 un pecho y un brazo, como emblemas de cariño y de unión. Sea ése el símbolo que marque nuestras afinidades y sentimientos; y así, ofrezca siempre Costa Rica, un pecho franco a la amada Guatemala y extienda su brazo fraternal para dar la bienvenida al bizarro Rodríguez Díaz que hoy se eleva con Dios y rasga el cielo para borrar fronteras y fundir corazones!

hablan de Tecum-Uman y hoy viajan en carros Ford para llevar al Mercado su esfuerzo industrial convertido en exquisita orfebrería que los artistas aplauden; brazos de la agricultura y soldados de la lealtad, que viven el ayer y labran el porvenir; cuna de los independizadores, para quienes el siglo XVIII que marcaba en Europa el advenimiento de la idea republicana moderna y de la emancipación de los pueblos, no fué extraña, porque dándole asilo en las selvas

J. Fernández Montúfar

ACTO SEGUNDO

El Palacio Metropolitano de la ciudad de Kongros, Ciudadanos, etc. Entran los siete mendigos con seda verde por debajo de sus harapos.

Urander.—¿Quiénes sois y de dónde venís?  
 Agmar.—¿Quién puede decir quiénes somos o de dónde venimos?  
 Urander.—¿Qué significan estos mendigos y por qué vienen aquí?  
 Agmar.—¿Quién te dijo que éramos mendigos?  
 Urander.—¿Por qué vienen aquí estos hombres?  
 Agmar.—¿Quién te dijo que éramos hombres?  
 Ilanaun.—¡Juro por la luna!  
 Agmar.—Mi hermana.  
 Ilanaun.—¿Qué?  
 Agmar.—Mi hermanita.

Slag.—Nuestra hermanita la luna viene a vernos por la noche, allá en las montañas de Marma. Cuando nueva, viene saltando por sobre los montes. Cuando joven y delgada, viene ante nosotros y baila, y cuando se pone, vieja y desfigurada, se aleja por los montes brincando.

Agmar.—Sin embargo, rejuvenece siempre y siempre vuelve a la agilidad de la juventud; vuelve bailando otra vez. Los años no pueden encorvarla, como no pueden hacer

salir las canas en las cabezas de sus hermanos.

Urander.—Cosa singular.  
 Ilanaun.—Esto se aparta de lo corriente.  
 Akmos.—No hay profecía que hable de esto.  
 Slag.—Vuelve a nosotros nueva y ágil, recordando antiguos amores.  
 Urander.—Sería conveniente que vinieran los profetas a ilustrarnos.  
 Ilanaun.—Cosa igual no ha sucedido jamás. Vengan los profetas. Que vengan a hablarnos de lo que está por venir.

(Los mendigos se sientan en el suelo en la actitud de los siete dioses de Marma.)

Ciudadano.—Hoy oí hablar a unos hombres en la plaza pública. Hablaban de cierta antigua profecía. Según ella los dioses de

Marma han de venir en forma de hombres. Ilanaun.—¿Es cierta esa profecía?

Urander.—Es la única que tenemos. El hombre sin la profecía es como un marino que navega de noche por mares inexplorados. No sabe dónde yacen los escollos ni dónde están los puertos. Para el vigía todo lo que ve es negro e impenetrable y las estrellas no lo guían, porque no sabe qué estrellas son.

Ilanaun.—Sería bueno investigar esta profecía ¿no es verdad?

Urander.—Aceptémosla. Es la pequeña luz incierta de una linterna, llevada, acaso, por un hombre ebrio, pero por la ribera de un puerto. Dejémonos guiar.

Akmos.—Puede ser que sean dioses benévolos.

Agmar.—No hay benevolencia más grande que la nuestra.

Ilanaun.—Entonces poco tenemos que hacer; no auguran peligro para nosotros.

Agmar.—No hay cólera más grande que la nuestra.

Urander.—Si son dioses, conviene que les ofrezcamos sacrificios.

Akmos.—Humildemente os adoramos, si es que sois dioses.

Ilanaun.—(Arrodillándose también.) Sois más fuertes que todos los hombres y vues-

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,  
 y Mayor 4, Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,  
 a todos los países en las mejores  
 condiciones.

Pídase información de novedades.

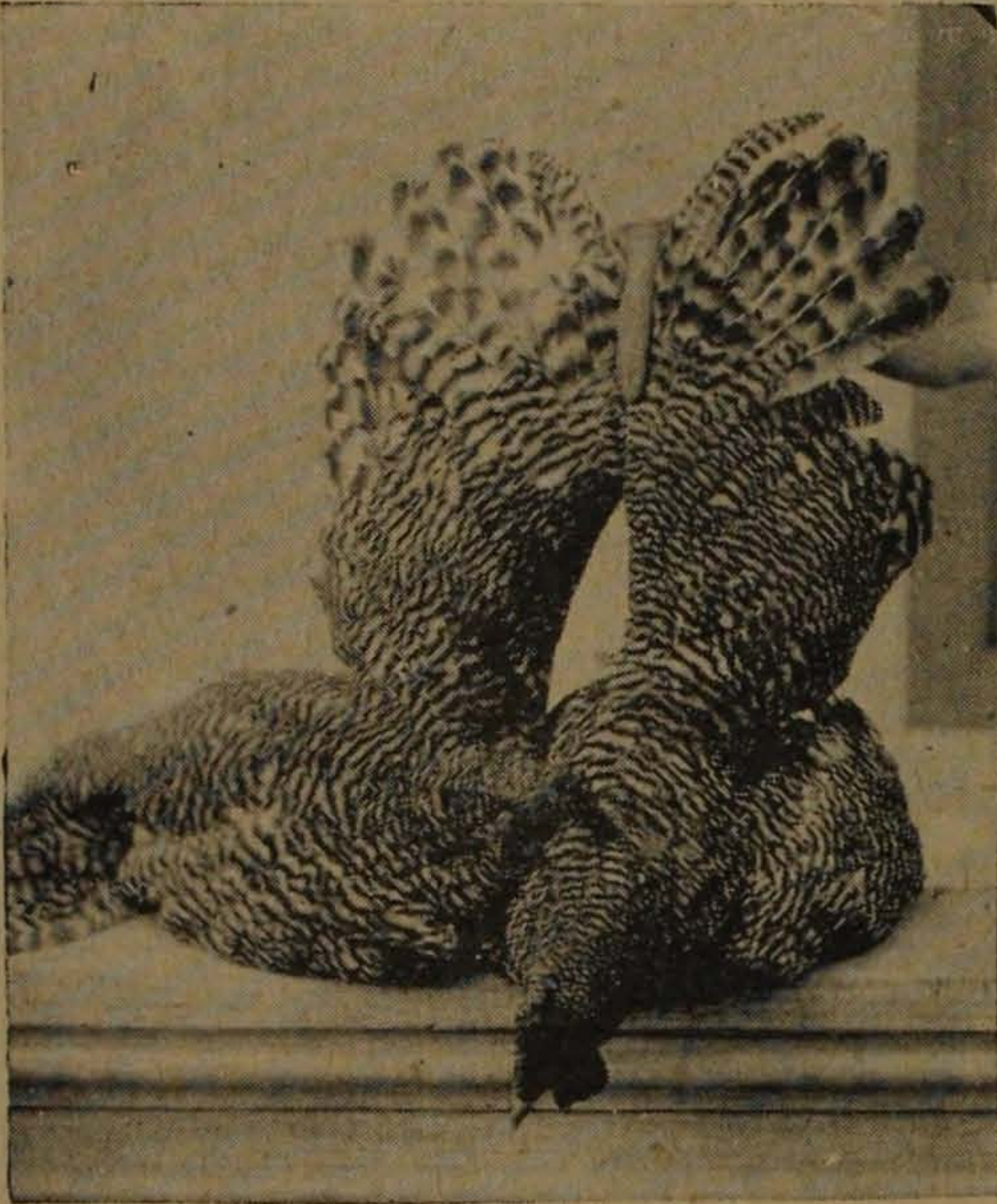
Depositario del Repertorio Americano.

## Nanismo y Gigantismo Aviarios

Por

C. Picado T.

EN una nota anterior (*Repertorio Americano* N.º 10.º Marzo de 1929) nos ocupamos del retardo temporal de crecimiento que sufren los pollos de raza *Plymouth Rock* inyectados con suero de gallo enano. Veamos ahora las conside-



Pollo de la izquierda inyectado con sangre de gallo jardinero. Tiene mayor cantidad de blanco que el testigo de la derecha.

raciones que nos guiaron para escoger tal material de experiencia.

Sabemos: I.º que en los bovinos las razas más grandes tienen una tiroides relativamente más pequeña que las razas de poco cuerpo. II.º Que las perturbaciones tiroideas afectan el crecimiento y producen Exoftalmia. III.º Que las razas más pequeñas de gallinas empluman antes que las de gran tamaño. IV.º Que la precocidad sexual es patrimonio de las aves pequeñas. V.º Que los pollos alimentados con tiroi-des quedan más pequeños y su plumaje se cambia más rá-

pidamente. VI.º Que en los pollos de raza *Plymouth Rock* rã-yada, si se alimentan con tiroides, su crecimiento se retarda, el plumaje definitivo aparece antes y las rayas blancas son más anchas que en los testigõs.

La observación nos muestra que los gallos «jardineros» tienen el crãneo corto y los ojos saltõnes, que los pollos estãn emplumados en menos de dos meses y cantan como gallo a los tres. Los *Plymouth Rock*, en cambio, tienen las extremidades desmesuradamente largas, el crãneo angosto pero muy alargado; los ojos hundidos; no empluman sino hasta unos cinco o seis meses de edad y su madurez sexual no aparece

sino al noveno mes. Parecen pues, «jardineros» y *Plymouth* atacados de defectos antagõnicos.

La experiencia nos muestra que si inyectamos semanalmente pollos *Plymouth Rock* con suero sanguineo de gallo enano, obtenemos:

1.º Un retardo en el crecimiento. 2.º Una madurez sexual anticipada y 3.º mayor anchura de las bandas blancas de las plumas. Es decir, que sin ser en un todo comparables, los efectos de las inyecciones de suero de gallo enano, producen muchos de los efectos de una alimentación con tiroides. En todo caso, se manifiesta claramente que en el suero del gallo enano circulan tambiãn hormonas sexuales y otros, de seguro, en estado de equilibrio y así vemos que no se presenta el enflaquecimiento consecutivo a una alimentación tiroidea. Las fotografías adjuntas dan clara idea de los efectos obtenidos.

(Trabajo del Laboratorio del Hospital.—San José, mayo de 1929).



La pluma del centro es de un pollo testigo, normal. La de la izquierda, de un pollo inyectado con sangre de gallo enano y la de la derecha, de otro pollo, tambiãn inyectado. Compãrese la cantidad de blanco.

tro rango es alto entre todos los dioses y sois los señores de esta nuestra ciudad y el trueno, la tempestad, los eclipses, y los destinos de todas las tribus humanas son vuestros juguetes, si es que sois dioses.

A g m a r.—Que no azote desde luego la peste a esta ciudad, como estaba mandado; que el terremoto no la trague inmediatamente en el fragor del trueno; que ejércitos enfurecidos no agobien a los que huyen, si es que somos dioses.

El pueblo.—(Horrorizado.) ¡Si somos dioses!

U r a n d e r.—Vamos, pues, sacrifiquemos.

I l a n a u n.—Traed carneros.

A k m o s.—¡Pronto! ¡Pronto!

(Vanse algunos)

S l a g.—(Con aire solemne.) Este es un dios muy divino.

Z a n.—No es un dios cualquiera.

M a l a n.—En verdad que él nos ha hecho.

C i u d a d a n o.—(A Slag.) ¿No nos castigará, Señor? ¿No nos castigará ninguno de los

dioses? Haremos un sacrificio, un gran sacrificio.

O t r o.—Sacrificaremos un carnero que los sacerdotes han bendecido.

P r i m e r c i u d a d a n o.—Señor ¿no estã enojado con nosotros?

S l a g.—¿Quién podrá saber los tenebrosos presagios que en la mente del más viejo de los dioses se incuban? No es él un dios cualquiera como nosotros. Una vez un pastor pasó por su lado en la montaña e iba dudando y sobre él lanzó el dios su castigo.

C i u d a d a n o.—Nosotros no hemos dudado, señor.

S l a g.—Y la venganza lo alcanzó en la montaña.

C i u d a d a n o s e g u n d o.—Haremos un buen sacrificio.

(Vuelven a salir con un carnero muerto y frutas. Ofrecen el carnero sobre un altar en el que hay fuego, y ponen las frutas al pie del altar.)

Z a n.—(Alcanzando con la mano un carnero que está sobre el altar.) Esa pierna no se está cociendo nada.

I l a n a u n.—Es extraño que los dioses se preocupen por el asado de una pierna de carnero.

U r a n d e r.—Extraño, en verdad.

I l a n a u n.—Casi hubiera jurado que era un hombre el que entonces habló.

U r a n d e r.—(Alisándose la barba y contemplando al mendigo segundo.) Extraño. Extraño, en verdad.

A g m a r.—¿Os extrañais de que a los dioses les guste la carne asada? Para esto es suyo el rayo. Cuando el rayo flamea sobre los cuerpos humanos, sube a los dioses en Marna un olor agradable, como el olor de asado. A veces los dioses cuando estãn apacibles, se conforman con la carne asada del carnero. Lo mismo da: no aséis más.

U r a n d e r.—¡No, no, dioses de la montaña!

O t r o s.—No, no.

U r a n d e r.—Pronto, ofrezcãmosles la carne. Si comen no hay que temer.

(Se la ofrecen; todos comen menos Agmar, el cual observa.)

Ilanaun.—Un ignorante, uno que no sabe, diría que comen como hombres hambrientos. Otros.—¡Chito!

Akmos.—Así y todo diríase que no han comido un banquete tal en mucho tiempo. Urander.—Parecen hambrientos.

Agmar.—(Que no ha comido.) No he comido desde que el mundo era muy joven y la carne de los hombres era más tierna que ahora. Estos dioses más jóvenes han adquirido el hábito de comer con los leones.

Urander.—¡Oh! divinidad antiquísima, participa del banquete.

Agmar.—No es propio que uno como yo coma. Sólo las bestias, los hombres y los dioses jóvenes comen. El sol y la luna y el fulgurante rayo y yo podemos matar y enloquecer, pero comer, nunca.

Akmos.—Si logramos hacerle comer, perderá toda su fuerza.

Todos.—¡Oh, divinidad antigua, participa de la cena!

Agmar.—No más. Baste que estos hayan condescendido a entregarse a costumbre tan bestial y humana.

Ilanaun.—(A Akmos.) Y con todo, se parece mucho a un mendigo a quien vi no hace mucho tiempo.

Urander.—Pero los mendigos comen.

Ilanaun.—Hasta ahora nunca he visto un mendigo que no aceptara un vaso de vino de Woldery.

Akmos.—Este no es mendigo.

Ilanaun.—Ofrezcámosle, no obstante, un vaso de vino de Woldery.

Akmos.—Mal haces en dudar.

Ilanaun.—Sólo quiero probar su divinidad. Iré a buscar el vino de Woldery. (Vase.)

Akmos.—No ha de beber. Pero si bebe, entonces no podrá nada contra nosotros. Ofrezcámosle el vino.

(Vuelve Ilanaun con un vaso.)

Primer Mendigo.—¡Es vino de Woldery!

Segundo Mendigo.—¡Es Woldery!

Tercer Mendigo.—¡Un vaso de vino de Woldery!

Cuarto Mendigo.—¡Oh, día feliz!

Malán.—¡Oh, tiempos dichosos!

Slag.—¡Oh, mi sabio amo!

(Ilanaun toma el vaso. Todos los mendigos extienden las manos, incluso Agmar. Ilanaun lo da a Agmar. Agmar lo toma solemnemente y con mucho cuidado derrama el vino sobre el suelo.)

Primer mendigo.—Lo ha derramado.

Segundo Mendigo.—Lo ha derramado.

Agmar.—(Aspira el aroma del vino y dice:) Es una digna libación. Nuestra cólera se ha apaciguado un tanto.

Otro mendigo.—¡Pero si era Woldery!

Akmos.—Señor, no tengo hijo, y yo...

Agmar.—No nos molestes ahora. Ha llegado el momento en que los dioses tienen por costumbre hablarse entre sí en la lengua de los dioses, y si el hombre llegara a oírnos, adivinaría la futilidad de su destino, lo cual no es deseable para él. ¡Idos! ¡Idos!

Uno que se demora.—Señor...

Agmar.—¡Idos!

(Vanse, Agmar coge un pedazo de carne y empieza a comer; los mendigos se levantan y se estiran; se rien, pero Agmar come, hambriento.)

Ugno.—¡Ah! Ahora, ésta es la muestra.

Zan.—Ahora sí que tenemos limosnas.

Slag.—¡Amo! ¡Mi sabio amo!

## DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

Ulf.—¡Qué día feliz! ¡Qué día feliz!; y, no obstante, algo recelo...

Slag.—¿Qué temes? No hay nada que temer. No hay hombre tan sabio como mi amo.

Ulf.—Temo a los dioses por los que nos hemos hecho pasar.

Slag.—¿Los dioses?

Agmar.—(Sacándose un trozo de carne de la boca.) Ven acá, Slag.

Slag.—(Acercándosele.) Sí, mi amo.

Agmar.—Estate de guardia en la puerta mientras yo como. (Slag va a la puerta.) Siéntate en la actitud de un dios. Avísame si se acerca algún ciudadano.

(Slag se sienta en la puerta, en la actitud de un dios, dando la espalda al público.)

Ugno.—(A Agmar.) ¿Pero, señor, no hemos de tener vino de Woldery?

Agmar.—Todo lo tendremos si sabemos obrar con prudencia al principio.

Zan.—¿Señor, crees que sospechan de nosotros?

Agmar.—Tenemos que obrar con mucha prudencia.

Zan.—¿Pero si no obramos con prudencia, señor?

Agmar.—Entonces, podría ser que nos hicieran morir.

Zan.—¡Oh, señor!

Agmar.—...poco a poco.

(Todos se mueven con impaciencia menos Slag que sigue sentado inmóvil en el umbral de la puerta.)

Ugno.—¿Nos crearán, señor?

Slag.—(Volviendo a medias la cabeza.) Alguien viene.

(Slag vuelve a su posición.)

Agmar.—(Guardándose la carne.) Pronto lo sabremos.

(Todos asumen la actitud de dioses. Sale Uno y dice.)

Uno.—Señor, deseo hablar al dios que no come.

Agmar.—Yo soy.

Uno.—Señor, hoy al mediodía una serpiente mortal mordió en la garganta a mi hijo. Sálvalo, señor; aún respira, aunque apenas.

Agmar.—¿Estás seguro de que es tu hijo?

Uno.—Es mi hijo, señor.

Agmar.—¿Tenías por costumbre no dejarle jugar cuando estaba fuerte y saludable?

Uno.—Nunca me opuse a que jugara, señor.

Agmar.—¿De quién es hija la Muerte?

Uno.—La Muerte es hija de los dioses.

Agmar.—¿Y tú, que nunca te opusiste a que tu hijo jugara le pides esto a los dioses?

Uno.—(Con cierto horror, dándose cuenta del sentido de las palabras de Agmar.) ¡Señor!

Agmar.—No llores. Porque todas las cosas que el hombre ha edificado son los campos en que juega esta hija de los dioses.

(El hombre se va en silencio sin llorar.)

Ugno.—(Tomando a Zan por la muñeca) ¿De veras que es éste un hombre?

Agmar.—Un hombre, un hombre y hasta hace poco un hombre hambriento.

(Telón)

### ACTO TERCERO

El mismo cuarto. Han transcurrido varios días. Siete troncos que semejan picos de montaña se ven al fondo de la escena. En ellos reposan los mendigos. El ladrón está ausente.

Malán.—Nunca mendigos se dieron tan buena vida.

Ugno.—¡Ah, las frutas y el tierno cordero!

Zan.—¡El vino de Woldery!

Slag.—Mayor placer fue ver los sabios ardiendes de mi amo, que comer frutas y cordero y beber vino de Woldery.

Malán.—¡Ah, y cómo espían para ver si mi sabio amo comía cuando se fueron!

Ugno.—¡Y cuando le interrogaron acerca de los dioses y el Hombre!

Zan.—¡Y cuando le preguntaron por qué los dioses permitían que existiera el cáncer!

Slag.—¡Oh, mi sabio amo!

Malán.—¡Qué bien ha salido su estratagema!

Ugno.—¡Qué lejos hemos dejado el hambre!

Zan.—Como si fuera un sueño del año pasado, las tribulaciones de una noche breve, hace mucho tiempo.

Ugno.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Cómo rezaban prostrados ante nosotros!

Agmar.—Cuando éramos mendigos ¿no hablabamos como mendigos? ¿No plañíamos como tales? ¿No era de mendigo nuestro aspecto?

Ugno.—Éramos el orgullo de nuestra clase.

Agmar.—Pues ahora que somos dioses seamos como los dioses, y no nos burlemos de nuestros oradores.

Ulf.—Yo soy de opinión que los dioses sí se rien de sus oradores.

Agmar.—Nunca los dioses se han reído de nosotros. Estamos muy por encima de todos los pináculos que jamás viéramos en sueños.

Ulf.—Opino que cuando el hombre se eleva, entonces es cuando más suelen los dioses hacer mofa de él.

Ladrón.—(Saliendo.) ¡Señor! Vengo de estar con los que todo lo saben y todo lo ven. He estado con los ladrones, señor. Me conocen como ladrón, pero no me conocen como de este bando.

Agmar.—¡Y bien!

Ladrón.—Estamos en peligro, señor, en gran peligro!

Agmar.—Quieres decir que sospechan que seamos hombres.

Ladrón.—Eso hace tiempo que lo sospechan, señor. Quiero decir que lo han de saber como cosa cierta. Así, pues, estamos perdidos.

Agmar.—Entonces no lo saben.

Ladrón.—No lo saben aún, pero lo sabrán, y por lo tanto estamos perdidos.

Agmar.—¿Cuándo lo sabrán?

Ladrón.—Hace ya tres días que sospechan. Agmar.—Más de los que tú crees nos sospechan, ¿pero conoces de alguien que se haya atrevido a decirlo?

Ladrón.—No, señor.

Agmar.—Entonces olvídate de tus temores, buen ladrón.

Ladrón.—Hace tres días que fueron a Marma dos hombres, a lomo de dromedario, a ver si todavía estaban allí los dioses.

Agmar.—¡Fueron a Marma!

Ladrón.—Sí, hace tres días.

Ugno.—¡Estamos perdidos!

Agmar.—¿Hace tres días que fueron?

Ladrón.—Sí, a lomo de dromedario.  
 Agmar.—Hoy deben estar de vuelta.  
 Ugnó.—Estamos perdidos.  
 Zan.—Estamos perdidos.  
 Ladrón.—Seguramente han visto los ídolos de verde jaspe, sentados en la falda de la montaña. Dirán, «Los dioses están aún en Marma». Y nos quemarán.  
 Slag.—No le faltará a mi amo alguna estratagemata para salvarnos.  
 Agmar.—(Al Ladrón.) Vé ocultamente a algún punto elevado y mira a ver cuánto tiempo nos queda para encontrar un ardid.  
 Slag.—Mi amo hallará algún plan.  
 Ugnó.—Nos ha metido en una trampa.  
 Zan.—Su sabiduría es nuestra perdición.  
 Slag.—No le faltará algún ardid.  
 Ladrón.—(Volviendo a salir.) ¡Ya es tarde!  
 Agmar.—¡Ya es tarde!  
 Ladrón.—Han llegado los hombres de los dromedarios.  
 Ugnó.—¡Estamos perdidos!  
 Agmar.—¡Silencio! Dejarme pensar.  
 (Se sientan y permanecen quietos. Entran los ciudadanos y se prosternan. Agmar está profundamente pensativo.)  
 Ilanaun.—(A Agmar.) Dos santos peregrinos han ido a vuestros sagrados santuarios donde acostumbraís estar antes de que bajaseis de las montañas. (Agmar permanece callado). Han vuelto en este momento.  
 Agmar.—¿Nos dejaron aquí, y sin embargo fueron a buscar a los dioses? Cuentan de un pez que dió un gran viaje a lejanas tierras en busca de la mar.  
 Ilanaun.—Muy reverenda divinidad, tan grande era su devoción que fueron a adorar vuestros santuarios.  
 Agmar.—Conozco bien estos hombres de gran devoción. No es la primera vez que vienen a rezar ante mí, pero sus oraciones no son aceptables. Su amor a los dioses es mezquino; no se cuidan más que de su propia piedad. Bien conozco a estos piadosos. Dirán que los siete dioses están aún en Marma. Mentirán y dirán que estamos todavía en Marma. Aquí parecerán más piadosos ante vuestros ojos haciéndoos creer que ellos solos han visto a los dioses. Los necios los creerán y participarán de la condenación que les espera.  
 Urander.—(A Ilanaun). ¡Chito! Que enfureces a los dioses.  
 Ilanaun.—No sé bien a quién enfurezco.  
 Urander.—Puede que sean los dioses.  
 Ilanaun.—¿Dónde están los hombres llegados de Marma?  
 Ciudadano.—Aquí están los peregrinos, ahora vienen.  
 Ilanaun.—(A Agmar). Los santos peregrinos llegados de vuestros templos han venido a prosternarse ante vosotros.  
 Agmar.—Los hombres son escépticos. ¡Cómo odian los dioses esa palabra! La duda siempre contaminó la virtud. Que sean reducidos a prisión para que no manchen vuestra pureza. (Levantándose). Que no entren aquí.  
 Ilanaun.—Mas, ¡Oh! reverendísima deidad de la montaña, nosotros también dudamos, reverendísima deidad.  
 Agmar.—Habéis elegido. Habéis elegido. Y con todo no es tarde todavía. Arrepentíos y reducid estos hombres a prisión y puede que no sea demasiado tarde. Los dioses no han llorado nunca. Y, sin embargo, cuando piensan en la condenación y los suplicios que reducen a cenizas millares de

**ROGELIO SOTELA**  
**ABOGADO Y NOTARIO**  
 Oficina en el Pasaje Dent  
**TELÉFONOS:**  
 2349 OFICINA  
 2208 HABITACIÓN.

huesos, entonces, si no fueran divinos, casi podrían llorar. Apresuraos! Haced penitencia por vuestra duda.

(Salen los hombres de los dromedarios.)

Ilanaun.—Reverendísima deidad, es una duda profunda.

Ciudadanos.—¡No lo ha fulminado! ¡No son, pues, los dioses!

Slag.—(A Agmar). Tienes un ardid, ¿verdad, mi amo? Tienes un ardid.

Agmar.—Todavía no, Slag.

Ilanaun.—(A Urander). Estos son los hombres que fueron a los santuarios de Marma.

Urander.—(En voz alta y clara). ¿Estaban los Dioses de la Montaña sentados todavía en Marma, o no estaban allí?

(Los mendigos se levantan precipitadamente de sus tronos).

Peregrino.—No estaban allí.

Ilanaun.—¿No estaban allí?

Peregrino.—Sus santuarios estaban vacíos.

Urander.—¡He aquí los Dioses de la Montaña!

Akmos.—En verdad que han venido de Marma.

Urander.—Venid, vamos a preparar un sacrificio. Un pingüe sacrificio que nos redima del pecado de vuestra duda. (Vanse).

Slag.—¡Oh, sapientísimo amo!

Agmar.—No, no Slag. No sé lo que puede haber sucedido. Cuando pasé por Marma hace sólo dos semanas, allí estaban los dioses de verdejado sentados sobre sus tronos.

Ugnó.—Estamos salvados.

Zan.—Sí, estamos salvados.

Agmar.—Estamos salvados, pero cómo no lo sé.

Ugnó.—Nunca mendigos se dieron tan buena vida.

Ladrón.—Iré a vigilar. (Se escurre).

Ulf.—A pesar de todo, tengo cierto temor.

Ugnó.—¿Temor? Si estamos salvados.

Ulf.—Anoche tuve un sueño.

Ugnó.—¿Qué soñaste?

Ulf.—Nada de particular. Soñé que tenía sed y que alguien me dió vino de Woldery; sin embargo, sentí temor en el sueño.

Zan.—Yo cuando bebo vino de Woldery nada temo.

Ladrón.—(Volviendo a salir). Nos están pre-

parando un gran banquete; están matando corderos y hay doncellas con frutas y vino de Woldery en abundancia.

Malán.—Nunca mendigos se dieron tan buena vida.

Agmar.—¿Habrà ahora quien dude de nosotros?

Ladrón.—No lo sé.

Malán.—¿Cuándo será el banquete?

Ladrón.—Cuando salgan las estrellas.

Ugnó.—¡Ah! Y ya se ha puesto el sol. Nos hemos de hartar.

Zan.—Veremos entrar las doncellas con cestos sobre las cabezas.

Ugnó.—Y llevarán frutas en los cestos.

Zan.—Todas las frutas del valle.

Malán.—¡Oh! ¡Bien que hemos andado por los caminos del mundo!

Slag.—¡Oh! ¡Qué duros eran!

Zan.—¡Y qué polvorientos!

Ugnó.—¡Y cuán poco vino!

Malán.—¿Cuánto tiempo hemos estado mendigando y mendigando para recibir una misérrima pitanza!

Agmar.—Nosotros, a quienes al fin todo ha llegado!

Ladrón.—Temo que mi arte me falle ahora que las cosas mejores vienen sin robar.

Agmar.—Ya no necesitarás más de tu arte.

Slag.—La sabiduría de mi amo nos bastará para el resto de nuestros días.

(Entra un hombre asustado... Se hinca de rodillas ante Agmar e inclina la frente).

Hombre.—Señor, te imploramos, el pueblo te suplica.

(Agmar y los mendigos en la actitud de dioses permanecen callados)

Hombre.—Señor, es terrible. (Los mendigos siguen sin hablar). Es terrible cuando vagáis de noche. Es terrible al borde del desierto por la noche. Los niños cuando os ven se mueren.

Agmar.—¿En el desierto? ¿Cuándo nos viste?

Hombre.—Anoche, señor. Estabais terribles. Ciertos niños también os vieron y se quedaron muertos.

Agmar.—¿Dices que tú nos viste?

Hombre.—Sí, señor. No como os veo ahora, sino en otra forma. Os suplicamos, señor, que no vaguéis de noche. Estáis terribles al anoecer. Estáis...

Agmar.—Dices que no nos aparecimos como estamos ahora. ¿Cómo nos aparecimos?

Hombre.—De otra manera, señor, de otra manera.

Agmar.—¿Pero cómo, dí?

Hombre.—Estabais verdes, señor, verdes de pies a cabeza al anoecer, de piedra como eraís en la montaña. Señor, soportamos el veros encarnados como hombres, pero es terrible ver hombres de piedra que caminan, es terrible.

Agmar.—¿Así es como nos aparecimos?

**LA SASTRERIA AMERICANA**  
**J. PIEDRA & Hno.**

CONFECCIONA LOS MEJORES TRAJES

DE ETIQUETA - PARA DIARIO - PARA DEPORTES

Si Ud. quiere vestir sin mayor desembolso, le invitamos a obtener una ACCIÓN en nuestro CLUB en formación; le daremos informes

LADO OESTE FOTO HERNANDEZ

Hombre.—Sí, señor. No es natural que la piedra camine. Los niños lo ven y no entienden. No es natural que la piedra camine.  
 Agmar.—Ha habido escépticos últimamente. Están satisfechos.

Hombre.—Señor, están aterrados. Sávanos, señor.

Agmar.—El dudar es pecado. Anda y no dudes más. (*Vase el Hombre*).

Slag.—¿Que es lo que han visto, señor.

Agmar.—Sus propios temores danzando en el desierto. Han visto algo verde en el crepúsculo y algún niño les ha dicho que éramos nosotros. No sé que será lo que han visto ¿Qué pueden haber visto?

Ulf.—Algo salió del desierto y venía hacia acá, dijo él.

Slag.—¿Qué puede venir del desierto?

Agmar.—Esta gente es tonta.

Ulf.—La palidez de su cara revela que, de seguro, ha visto algo espantoso.

Slag.—¿Algo espantoso?

Ulf.—Los ojos de ese hombre han visto de cerca algo espantoso.

Agmar.—Somos nosotros y sólo nosotros los que los hemos asustado y sus temores los han atontado.

(*Entra una sirvienta con una antorcha o linterna que coloca en un receptáculo. Vase.*)

Zan.—Ahora podremos ver las caras de las doncellas cuando vengán al banquete.

Malán.—Nunca mendigos se dieron tan buena vida.

Agmar.—Escuchad. Ya llegan. Oigo pasos.

Zan.—¡Las bailarinas! ¡Ya llegan!

Ladrón.—No oigo las flautas; dijeron que vendrían con música.

Ugno.—Que botas más pesadas las tuyas; diríase que eran pies de piedra.

Zan.—No me es grato su pesado andar. Ante nosotros no han de bailar sino danzarinas de alados pies.

Agmar.—No he de sonreírles sino son gráciles.

Malán.—Vienen muy lentamente. Debieran venir con pie ligero.

Zan.—Debieron venir danzando. Mas, la caída de sus pisadas es como de enormes cangrejos.

Ulf.—(*En voz alta, casi cantando*), Tengo miedo, un antiguo temor y un presentimiento. Nuestra acción ha ofendido a los dioses. Eramos mendigos y debemos seguir siendo mendigos Hemos abandonado nuestra profesión y estamos a las puertas del castigo. No reprimiré más mi temor; saldrá de mi y gritará; saldrá de mi gritando, como sale un perro de una ciudad incendiada; porque mi temor ya palpa el desastre.

Slag.—(*Con voz ronca*). ¡Señor!

Agmar.—(*Levantándose*). ¡Vamos, vamos! (*Escuchan. Nadie habla. Se acercan las botas de piedra. Por la derecha entran uno por uno, en procesión, siete hombres verdes; hasta las manos y las caras son verdes, calzan sandalias de piedra verde, andan con las rodillas muy separadas como si hubieran estado siglos enteros sentados con las piernas cruzadas; llevan el brazo derecho y el índice de la misma mano apuntando hacia arriba, el codo derecho apoyado sobre la mano*

*izquierda; van grotescamente encorvados. Al llegar al centro de la escena doblan hacia la izquierda. Pasan por delante de los siete mendigos, que están ahora aterrados, y seis de ellos se sientan en la referida actitud dando las espaldas al público. El jefe, siempre encorvado, permanece de pie.*)

Ugno.—(*Grita al doblar los dioses a la izquierda*). ¡Los Dioses de la Montaña!

Agmar.—¡Estáte quieto! La luz los deslumbra. Puede que no nos vean.

(*El jefe de los Hombres Verdes apunta con el índice a la linterna; la llama se vuelve verde. Cuando los seis se han sentado, el jefe señala violentamente a cada uno de los mendigos, uno por uno. Al hacer esto cada mendigo a su vez sube a su trono y cruza las piernas, su brazo derecho señala con tiesura hacia arriba, y una mirada fija de horror aparece en sus ojos. En esta actitud los mendigos permanecen inmóviles mientras cae una luz verde sobre sus rostros. Los dioses se van. Al poco tiempo entran los ciudadanos, algunos con manjares y frutas. Uno le toca el brazo a uno de los mendigos y luego a otro.*)

Ciudadano.—Están fríos; se han vuelto piedra. (*Todos se prosternan, con la frente en el suelo.*)

Uno.—Hemos dudado de ellos. Hemos dudado de ellos. Se han vuelto piedra porque dudamos de ellos.

Otro.—Eran los dioses verdaderos.

Todos.—Eran los dioses verdaderos.

(*Telón*)

Hermanita menor, te voy a contar un cuento:

Erase una vez una princesita de encanto singular, graciosa y poseída de una espiritualidad que provocaba envidias de astros, flores de primavera y aún de las mismas auras matinales. Era para todos cuantos la conocían motivo de complacencias y de bien sentida admiración. Nunca estaba triste y a las encantadoras sonrisas de que hacía gala siempre era preciso oírla salmodiando cantos a la vida llenos de risueñas esperanzas, de consuelo y de paz ternísimos.

Modesta cual ninguna y acicalada como corresponde a la alta jerarquía de las princesas, mantenía llenas de lozanía sus carnes virginales, la sedosa tersura de sus formas, límpidos y brillantes los pliegues de su ropaje oloroso a gratas esencias de la selva umbría. El desnudo de esta virgen, bella como una Niobe, habría sido capaz de poner en fuga al mismísimo sol de mayo, a la luna de febrero, tal era el encanto de sus formas apolíneas y severas como viva imagen de la Venus Manca.

## Redención de doña Araña

A Carmen Lyra, compañera de infancia, la que me invitaba siempre a los dulces que vendían en la casa frente al Colegio... dedica estos rengloneillos la autora.

Su alma gentil y galante rivalizaba con la alborada y su corazón magnánimo despejó en miles de ocasiones las brumas turbulentas del pensamiento humano asido quizá al dolor, desengañado y sediento de amor.

Perfilada así como una diosa griega, esta princesita de ojos negros, de mirar apacible y arrobador, fué coronada por la majestad de los cielos, del espacio y del tiempo. Reina de la Espiritualidad.

Un día apareció a orillas de un arroyo sonoro y fanfarrón, entre cañas y caprichosa vegetación forestal, una pobre araña triste y solitaria, condenada por mandato inexorable de las Hadas del Bosque a tejer miles y miles de telas, tantas como fuesen necesarias para aprisionar al atrevido e insolente aquilón, quien en más de una vez había arrebatado el pomposo vestido de las Hadas, con grave detrimento del pudor y no sin amenazantes y furiosas protestas de los dioses, de la selva y de la serranía.

Doña Araña trabajaba a más

no haber desde que el sol aparecía allá en oriente hasta que hundíase en medio de resplandores de ocaso. La pobrecita no tenía tiempo para comer, menos aún para descansar. En las frías noches de diciembre abrigábase con vieja y raída manta que un día le regaló la llorada abuelita, ida para siempre al alcázar de Dios.

Doña Araña había sido en mejores días apostado mancebo, jovial y reidor como no había otro en la comarca de su nacimiento; a veces un poquillo presumido, sobre todo cuando tenía por cierta la noticia de que alguna Nena suspiraba por él y hasta el alma se le iba del cuerpo cuando merecía una mirada de Nelillo, tal era el nombre de este muchacho en el mundo de los humanos. Habíasele condenado, según mandato inapelable de las Hadas del Bosque, por el delito de haber reído y renegado del amor, de las mujeres y de Dios. Incrédulo, el pobre mancebo pagó bien caro su pecado de lesa humanidad, vistiendo el ropaje de

una araña y cumpliendo así la sentencia en la forma que ya tu conoces, linda chiquilla émula de las princesitas y de las sonrisas de primavera.

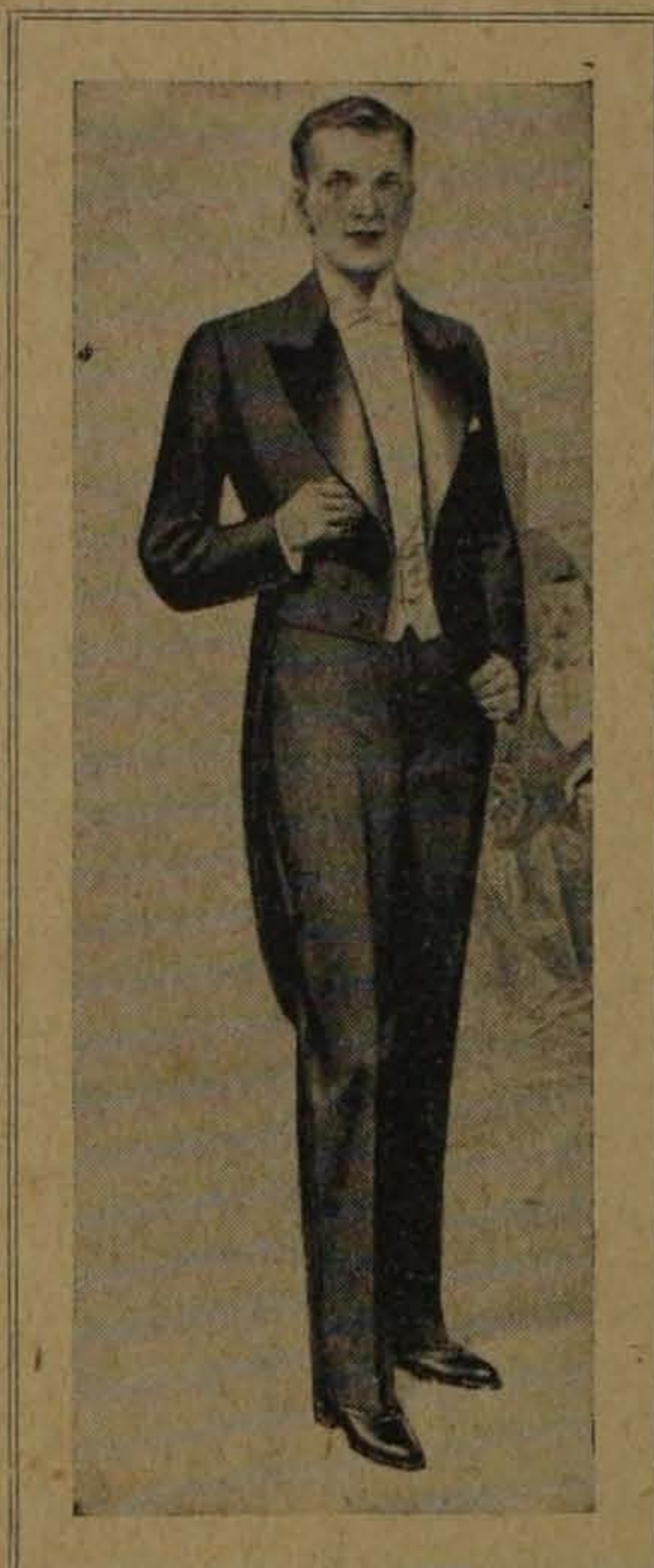
Pasaron muchos años, siglos, milenios, quizá, según calendario de las Hadas, para contar alegrías y venganzas también, y doña Araña suspiraba por su redención. Quería ir allá a la altura donde con frecuencia oíase el ruido ensordecedor del trueno, iluminada por fúlgidos relámpagos y engalanada por diamantina pedrería. Pero no había más remedio que trabajar día y noche; a cada instante su obra era inspeccionada y guay... si no estaba terminada conforme a programa imperial, porque entonces sobrevinían tremendos castigos que mejor es no recordarlos siquiera.

Resignada al fin con su suerte, diligente y afanosa, trabajaba constantemente. Una vez estaba inquietísima porque la tarea de ese día no le había rendido como de costumbre y temerosa siempre del castigo, invocó la protección del Santo Angel de la Guarda, del amor de una madre y también de Dios... Y, caso raro... de un momento a otro oyó ruido inusitado en la espesura

de la fronda, algo así como un batir de alas. Erizósele la piel a la pobre araña, invadíole un frío de pies a cabeza y por fin hubo de ponerse el pañuelo de hombros alrededor del cuello para abrigarse bien la nuca, sintiendo a la vez que le iba a saltar el corazón; hasta la respiración le faltaba ya. Cerró los ojitos para no ver lo que pasaba a su alrededor y como si hubiese apurado un sorbo de eternidad, sintió su mente batida por el vértigo de algo inexplicable... No sabía de su razón, menos podía palpar ya la tela que había comenzado a fabricar en la mañanita de ese día; había perdido la noción del tiempo y de la distancia... abrió los ojitos milésimos de segundo como quien no quiere la cosa y le pareció que la tierra se hundía a sus pies en marcha vertiginosa...

«María Santísima... apiádate de mí...» exclamó llena de pánico y de congoja; un sudor frío le corría de todas partes del cuerpo.

Y cuando abrió los ojos otra vez, no sin asombro, trémulo, rebotante su alma de alegría indecible, convertido otra vez al mundo nuestra araña del cuento, que era el mismísimo Nelillo, sintióse acogido ternísimamente por el amor de una mujer que le amaba con delirio y le aprisionaba en los pliegues de su



propio corazón como el cáliz de una flor al insectillo libre y andariego.

¿Y sabes tú, linda mía, quién

El traje hace al caballero  
y lo caracteriza

y

La Sastrería

## La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales  
o al contado

Hay un inmenso surtido de  
casimires ingleses. Opera-  
rios competentes para la  
confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía

50 varas al Este del Cometa  
frente a Luis Vanni

San José. C. R.—Teléfono 3283

cho, pero muchísimo, tanto que el mismo Dios hubo de acceder a sus ruegos y, convertida en alondra bajó hasta el bosque encantado trayéndose en sus propias alas a doña Araña, la sufrida prisionera de las Hadas del Bosque, retornando así Nelillo a la vida del amor, de los ensueños de oro y de las risueñas esperanzas. Y, por tonto iba Nelillo a renegar otra vez del amor, de las mujeres y de Dios...

Y desde entonces el viento sopla libre y fuerte en la espesura del bosque, sobre el erguido monte y en el piélaggo inmenso, no hay poder capaz de detener su marcha triunfal; mientras tanto el arroyo llora que te llora a su compañera doña Araña prisionera y las Hadas en regio convivio de luces y de alegría muestran al sol y a la naturaleza entera su nivea blancura, sus angélicas formas desnudas desde que Princesita, cual si fuese un destello de Dios, llevóse en sus alas el amor que yacía aprisionado por convencionalismos insulsos y por frágil razón que, como tela simétrica y deleznable tejida por la araña del cuento, no resiste jamás los impulsos del vuelo supremo... del verdadero e idílico amor...

Dí, ¿te gustó el cuentecito? Pues repítelo, que te daré «dulces helados» y me prepararé para contarte otro...

Pedimos disculpas a la autora por la errata que apareció en su artículo anterior. En la página 275, columna 2, renglón 8, dice: Eva encantadora; debe decir Eva tentadora.

### Niebla D' Argent

San José, Mayo 5 de 1929.

Don Tomás Soley Güell ha publicado:

*Elementos de Ciencia Hacendaria*. San José, Costa Rica. 1929. Imprenta Lines.

36 capítulos y estos propósitos:

Los capítulos que comprende este libro fueron redactados siguiendo los apuntes mismos que sirvieron para desarrollar los dos cursos de Ciencia Hacendaria en la Escuela Mercantil. Algunos son copia, casi literal, de las lecciones dadas en clase. Otros, los más, han sido ampliados para dar mayor extensión a puntos de la materia que no tuvieron la necesaria explicación en clases, o que suscitaban mayor número de preguntas por parte de los alumnos, o que despertaron mayor interés, por relacionarse más íntimamente con los problemas de nuestra Hacienda o de nuestra vida económica; similares a la Hacienda y a la vida económica de las restantes Repúblicas del Continente. Pero, en toda la obra, hemos procurado reunir, en un volumen de medianas proporciones, lo esencial de lo que ha sido materia de muchos volúmenes, procurando que la necesaria reducción no resulte obtenida a costa de la claridad ni con sacrificio de ningún punto importante.

Más cuidadosos de la claridad que del estilo, no hemos temido sacrificarlo, cuando las repeticiones y redundancias nos han parecido convenientes para obtener una más clara exposición. Al fin y al cabo, estas lecciones están destinadas a estudiantes, y, no tienen otra pretensión que la de facilitar, en algo, la tarea de profesores y alumnos.

Y, si eso logramos, aunque sea en parte, daremos por bien empleados nuestros esfuerzos.

## Noticia de libros

Firma nueva: *Raúl Beney*.

En las acreditadas ediciones BABEL, Buenos Aires y con la obra:

*La Copa de Arena*. Versos. Buenos Aires. 1929.

Don Jenaro Cardona ha reunido en

un volumen elegante algunos de sus cuentos, con el título de

*Del calor hogareño*. Imprenta Alsina. 1929.

De Benjamín Carrión (10, Rue Jules-Ancel. Le Havre), hemos recibido.

*Los creadores de la Nueva América*. Madrid.

Prologa la obra Gabriela Mistral y en ella se ocupa de José Vasconcelos, Manuel Ugarte, F. García Calderón y Alcides Arguedas.

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa; más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

### CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA,  
DOBLE,  
PILSENER Y SENCILLA.

### FABRICA:

#### REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

### SIROPES

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSÉ — COSTA RICA**

Imprenta, Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica